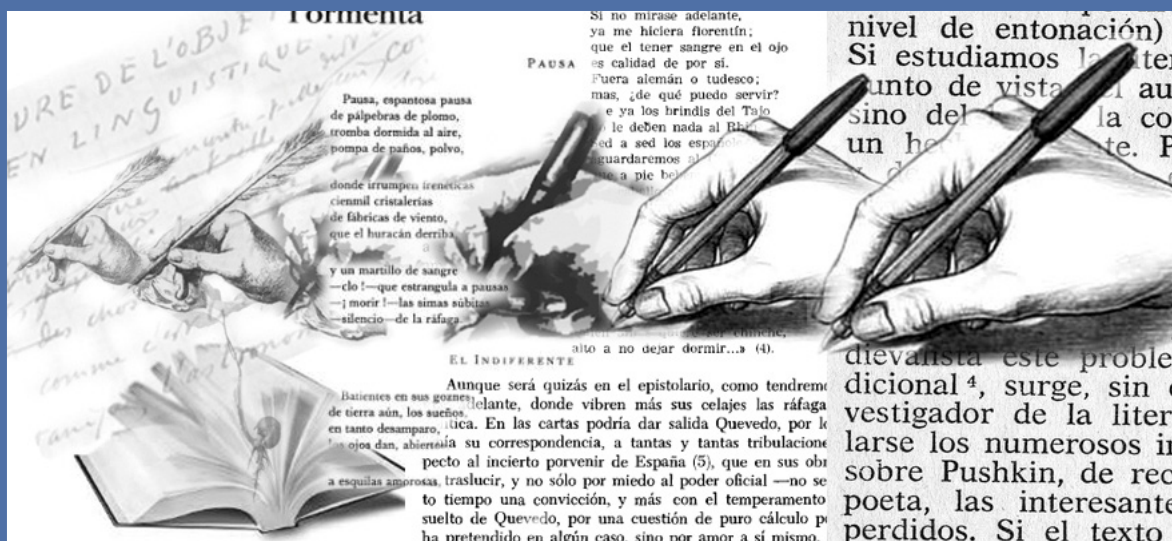


HERENCIA ESTILÍSTICA Y VOLUNTAD DE RENOVACIÓN EN LA CRÍTICA LITERARIA ESPAÑOLA DE LOS SETENTA. ALGO SOBRE DÁMASO ALONSO, CARMEN BOBES NAVES Y ANTONIO GARCÍA BERRIO

Vicente Tuset Mayoral

*Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria
Universidad Nacional de Rosario – CONICET*



Resumen || El presente artículo desarrolla la hipótesis según la cual el predominio de la estilística obturó la recepción de los aspectos más fecundos y renovadores del paradigma epistemológico estructuralista. Para ello examinamos dos momentos: En primer lugar, las iniciales consideraciones de Dámaso Alonso en torno a Saussure, como hecho inaugural de esa recepción condicionada. Luego, analizamos dos títulos de principios de la década del setenta: *Significado actual del formalismo ruso* (1973), de Antonio García Berrio; y *La semiótica como teoría lingüística* (1973), de María del Carmen Bobes Naves. Lo que perseguimos en esta segunda parte es mostrar hasta qué punto las opiniones de Alonso siguen condicionando la recepción del estructuralismo en un momento clave para la renovación teórica de la crítica literaria española; y eso, además, para obras de tono y perspectivas muy disímiles, de las que puede decirse que representan polos opuestos (en un contexto, el de los últimos años de la dictadura franquista, que fue de gran agitación en el ámbito universitario, y en el que a menudo las demandas por la dignificación laboral y la democratización de las instituciones, se hermanaron con las de actualización y modernización de los planes de estudio).

Palabras clave || Estilística | Estructuralismo | Dámaso Alonso | Antonio García Berrio | María del Carmen Bobes Naves

Abstract || This article develops the hypothesis that the prevalence of stylistics in Spanish literary criticism obstructed the reception of the most novel and fertile aspects of the epistemological paradigm of structuralism. We develop this idea by focusing on two moments. The first is Dámaso Alonso's initial considerations about Saussure, which inaugurated the conditioned reception to structuralism. The second is the publication, in the early seventies, of Antonio García Berrio's *Significado actual del formalismo ruso* (1973) and María del Carmen Bobes Naves' *La semiótica como teoría lingüística* (1973). These two works reveal the extent to which Alonso's views continue to influence the reception of structuralism at a key moment in the theoretical renewal of Spanish literary criticism, even when the two books, of very different tone and perspective, marked polar opposites in the agitated Spanish university system of late Francoism, when demands for democratic institutions, labor improvements and curricula modernization all became part of the same struggle.

Keywords || Stylistics | Structuralism | Dámaso Alonso | Antonio García Berrio | María del Carmen Bobes Naves

0. De prioridades y moderaciones: sobre una versión de la estilística española

Suele considerarse que, en España, las innovaciones teóricas asociadas de modo general con el estructuralismo y la *nouvelle critique* tuvieron una recepción inmediata más bien moderada. La razón, se aduce, fue que mucho de lo propuesto entonces por esas tendencias se hallaba ya implícito en los avances autóctonos de la filología y, más concretamente, en su vertiente estilística. Se ha afirmado, incluso, que la crítica española encontró en esa circunstancia una suerte de salvaguarda contra determinados «excesos teóricos»¹ que habrían atorado otras tradiciones. La estilística, se nos dice, según la establecieron ejemplarmente Amado y Dámaso Alonso, desplegó ya un interés científico por las particularidades lingüísticas de los textos literarios. Merced a la sólida formación filológica de los exponentes más conspicuos de esa tendencia, herederos casi todos de la escuela pidaliana, la crítica española habría anticipado en varios lustros el giro lingüístico que se impuso, al fin, con la difusión internacional del paradigma estructuralista². Moderación y anticipación, pues, resumen los beneficios de la estilística en términos de pura ganancia, sin contrapartidas.

Esta es, claro, una versión interesada de la historia; responde a un viejo juego de poder propio de la academia española que es —o debería ser— muy conocido ya, por lo que no nos vamos a detener demasiado en él. El lector advertirá fácilmente, por ejemplo, que entre los que con más tesón defienden la influencia benéfica de la estilística se cuentan varios miembros significados del Opus Dei. En un sentido más general, ese mismo «interés» se manifiesta también en el plano retórico. Tómese el primero de sus argumentos, la «inmoderación» del estructuralismo, y obsérvese que esa no es una categoría epistemológica, sino moral, la *hybris* griega, a la que la estilística le opondría, claro, su particular *sophrosine*. Quien así juzga no persigue precisamente los fines de la indagación desinteresada, sino antes bien su fin, su terminación, o cuanto menos busca determinarle sus confines reglamentarios: esto es teorizable, esto no.

Considerar, finalmente, que de algún modo la estilística anticipó, abarcó incluso, los principales desarrollos del estructuralismo, no puede ser sino un malentendido que ignora, para empezar, los fundamentos epistemológicos radicalmente heterogéneos de ambas tendencias.

Nuestra hipótesis, a la que hemos dedicado ya algunos esfuerzos —véanse Tuset 2010 y 2013—, propondrá una lectura a contrapelo, según la cual la estilística hispánica, antes que contener o anticipar

NOTAS

1 | La noción que evoca este sintagma, de fondo anti-intelectual e irracionalista, encuentra sus raíces contemporáneas mucho antes de la emergencia del estructuralismo en las corrientes vitalistas que agitaron el pensamiento filosófico y estético, no sólo español sino occidental, en el tránsito del siglo XIX al XX. Ciñéndonos a nuestro asunto, nosotros tomaremos para ilustrarlo un ejemplo menos marginal de lo que podría parecer pues, además de ser aún algo reciente, proviene del núcleo mismo de su difusión: en el volumen 758 (noviembre-diciembre de 2012) de la revista *Arbor*, editada por el Centro Superior de Investigaciones Científicas de España, se reproduce una entrevista a Miguel Ángel Garrido Gallardo, presidente de la Asociación Española de Teoría Literaria (ASETEL). En ella el entrevistador, Sebastián Pinedo, pregunta: «¿Se puede decir que [Amado Alonso, Dámaso Alonso y Raimundo Lida], con todo, no se precipitaran —como sucedió en otras tradiciones— en el formalismo excesivo, adelantando excesos del estructuralismo y postestructuralismo?» (Pinedo Buitrago, 2012: 1199). A lo que Gallardo termina por responder, redondamente: «Si lo que quiere decir es que la evolución de este último medio siglo de crítica literaria que nace en París (se llamó, por antonomasia, la *Nouvelle Critique*) hace añorar muchas veces los grandes textos de nuestra tradición, de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Américo Castro, Dámaso Alonso, Amado Alonso, Pedro Salinas, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y demás padres fundadores, le digo rotundamente que sí» (2012: 1202).

2 | Sobre este punto, otra

nada, se convirtió en un techo de cristal teórico que, contra lo aparente, obtuvo en buena medida la recepción de los aspectos más productivos del nuevo paradigma estructuralista³.

Indagaremos este equívoco en dos momentos: En primer lugar, haciendo foco en su hecho inaugural, las consideraciones que Dámaso Alonso vierte acerca de Saussure en *Poesía Española* y otros textos afines, y que son, en buena medida, el origen de ese supuesto estructuralismo morigerado, galardón de la estilística hispánica. En segundo lugar, examinaremos dos títulos publicados a principios de la década de 1970: *Significado actual del formalismo ruso* (1973), de Antonio García Berrio; y *La semiótica como teoría lingüística* (1973), de María del Carmen Bobes Naves. Lo que perseguimos en esta segunda parte es mostrar hasta qué punto las opiniones de Alonso siguen condicionando la recepción del estructuralismo en un momento clave para la renovación teórica de la crítica literaria española; y eso, además, para obras de tono y perspectivas muy disímiles, de las que puede decirse que representan polos opuestos —lo veremos— en un contexto, el de los últimos años de la dictadura franquista, que fue de gran agitación en el ámbito universitario, y en el que a menudo las demandas por la dignificación laboral y la democratización de las instituciones se hermanaron con las de actualización y modernización de los planes de estudio.

Pero para advertir bien todo esto habrá que precisar qué es exactamente lo que entenderemos en este artículo por paradigma estructuralista. ¿A qué se opone, qué desconoce exactamente la estilística del estructuralismo cuando dice contenerlo, anticiparlo, rectificarlo? Dedicaremos a la cuestión algunas líneas.

Definir el estructuralismo, se sabe, no es tarea sencilla. Las nóminas con las que se lo trata de representar —de circunscribir en cierto sentido— fluctúan; sus propios integrantes —es decir, muchos de aquellos que formaron parte de alguna de las listas propuestas— abjuraron del calificativo, que nunca llegó a desprenderse completamente del matiz despectivo que pudo tener en los momentos de más acendrada polémica. «Escuela», «movimiento», «momento», incluso «deslumbramiento», son algunos de los términos que se han ensayado para describirlo.

Nuestro acercamiento, sin embargo, no es histórico y, por lo tanto, nos vemos libres de tener que ceñirlo en unos límites más o menos precisos, en un sentido epocal o sociológico. Nuestro acercamiento es teórico y, por lo tanto, pretendemos delimitar y hacer uso del término «estructuralismo» en la medida en que a dicho sustantivo puedan correlacionársele una serie de efectos teóricos concretos. En este sentido, nos apoyaremos ampliamente en las conclusiones

NOTAS

entrevista nos ofrece un nuevo ejemplo. En esta ocasión es Francisco Rico quien, entrevistado por Daniel Fernández rememora: «Yo me formé en la época en la que la novedad era el estructuralismo. Un estructuralismo que todavía no era el francés ni la versión luego tan popularizada que acabó por cuajar en los Estados Unidos. Piense, por ejemplo, que yo estudiaba la gramática y los libros de Hjelmslev en la universidad en los tiempos en los que ni Barthes ni Greimas habían leído a Hjelmslev; ni siquiera sabían quién era. Y, sin embargo, Hjelmslev estaba en la universidad como libro de texto, porque Emilio Alarcos lo había introducido en España, y por entonces era el pan nuestro de cada día» (Rico, 2003: 45).

3 | No estamos solos ni somos del todo originales en este parecer: Lázaro Carreter, en la introducción a su volumen *Estudios de Poética*, declaraba: «Los españoles e hispanoamericanos, que contamos con una tradicional compatibilidad entre los estudios lingüísticos y los literarios establecida por la escuela de Menéndez Pidal, y que hemos conocido el auge de la Estilística idealista por obra de dos de sus más preclaros maestros, Dámaso Alonso y Amado Alonso, tal vez no estemos en condiciones de atribuir a esta nueva alianza entre la lingüística y la literatura los caracteres de auténtica revolución que tiene en el seno de las ciencias humanas. No obstante, debe advertirse que la moderna Poética y la Estilística que nos es familiar sólo tienen puntos tangenciales de contacto» (1976: 11). A precisar esos puntos, o todavía mejor, a aclarar las divergencias y sus efectos, es a lo que pretendemos dedicar este trabajo.

vertidas por José Luis Pardo en su ensayo *Estructuralismo y ciencias humanas*.

Trataremos de resumirlo con la mayor brevedad y sin caer en injusticias flagrantes. Según Pardo, el surgimiento del estructuralismo vino a alterar el reparto epistemológico que, por lo menos desde la Ilustración, dividía el campo del saber entre las ciencias exactas, o empírico-matemáticas, y las que, con Dilthey, recibirían el nombre de ciencias del espíritu, es decir, en palabras de Pardo, las fenomenológico-hermenéuticas. La vieja disputa, en definitiva, entre explicación y análisis, por un lado, y comprensión y síntesis, por el otro. Con un uso holgado a la vez que iluminador de la famosa tríada lacaniana, sostiene Pardo que entre lo real, a lo que aspiran las ciencias exactas, y lo imaginario, que es el tema para las disciplinas de la comprensión, el estructuralismo vino a instituir precisamente el campo de lo simbólico:

Tanto las hipótesis empiristas y atomista como el contra-argumento fenomenológico-hermenéutico se avienen al reparto [...] entre un saber que se ocupa de la comprensión y del sentido (en el vocabulario estructuralista, de lo imaginario), efectivamente irreductible a la realidad material, [...] y otro saber que se ocupa de lo real [...]. El terreno de las causas (reales) se divorcia así del de los efectos (imaginarios), siendo tan *inexplicable* como *incomprensible* por qué tales causas producen tales efectos. Lo que se convierte en una recomendación para que los físicos se conformen con ocuparse del ruido sin pretender explicar la comprensión o producir el sentido, y los hermeneutas y fenomenólogos se atengan a sus significados dados a la experiencia («imaginaria») de la conciencia sin entrar en colisión con los científicos. El Todo imaginario para uno, las partes reales para otros, pero sin pasaje alguno de un escenario al otro. Y éste es [...] el cómodo reparto que el estructuralismo vino a cuestionar al introducir, de la mano de la noción saussureana de *signo*, el territorio de lo *simbólico*, tan irreductible a lo imaginario de los significados fenomenológicos como a lo real de los componentes materiales, tan irreductible al cuerpo o a la materia como al alma o al espíritu. (2001: 27)

He aquí el meollo de nuestro punto de vista: el efecto teórico del estructuralismo consistiría entonces en establecer un orden extraño por igual al de los elementos materiales —pues sus componentes mínimos son, como diría Saussure, «inexistentes», puras realidades opositivas— y al de los significados ya constituidos —pues funcionan en un nivel inconsciente. No conformando a ninguna de las partes en litigio, sus resultados recibirán alternativamente el reproche de idealismo, por un lado, y de positivismo, por el otro⁴.

En lo que atañe a nuestro campo, al extenderse el estructuralismo a los estudios literarios, el panorama español, se sabe, se encontraba incontestablemente dominado por perspectivas idealistas. En consecuencia, el orden de críticas que se formulan contra la corriente estructuralista se encuadrará mayormente del lado de los

NOTAS

4 | José Luis Pardo suma a estas críticas otras dos que verifica en el ámbito francés: la de anti-humanismo, vertida desde las filas católicas, y la de anti-historicismo, desde el bando marxista. Con perspicacia, señala: «Si reparamos en lo mucho que estas dos objeciones se parecen a las que el propio Sartre (en un célebre “El existencialismo es un humanismo”) detectó en los años cuarenta como las principales resistencias contra el existencialismo [...] quizás lleguemos a la conclusión de que la polémica suscitada por este tipo de acusaciones u objeciones no dice gran cosa acerca del estructuralismo (o del existencialismo), sino que más bien revela que —al menos desde los años cuarenta hasta los sesenta del siglo XX— el “campo ideológico” o “cultural” estaba *guardado* y vigilado por el marxismo y el cristianismo, y que cualquier “corriente” que aspirase a habitar en él tenía que aceptar su paso por esas objeciones como una suerte de bautismo o de rito de iniciación que legitimaba su presencia como vigencia cultural» (2001: 30-31, n. 16).

que lo vieron como una reducción del espíritu a la pura materialidad, acusándolo de ser una suerte de resabio o epígono del positivismo o, en el mejor de los casos, expresión de una tecnocracia que nada puede saber ni resolver acerca del «hombre», cuya esencia —en juego en la literatura como en las demás artes— se localiza en ese *misterio* y esa irreductibilidad del alma al cuerpo tan bien desentrañados por Pardo unas líneas más arriba. Hay que añadir, además, que por influencia de la estilística la crítica no se resolvió en mero rechazo, sino que muy precisamente tomó el aspecto de asimilación superadora que terminaría por justificar la versión de la historia con la que empezábamos nuestro artículo.

De este modo, en fin, la controversia epistemológica, más que afrontarse, se eludió y, de hecho, en la España pre-democrática no llegó a formularse nunca en todo su alcance. Repasaremos a continuación algunos de sus episodios documentales que consideramos más importantes.

1. Las raíces del malentendido: el Saussure de Dámaso Alonso

El libro de Dámaso Alonso *Poesía Española, ensayo de métodos y límites estilísticos* (1950) cifra su importancia en varios motivos. No es menor entre ellos el que se trate de uno de los pocos textos de la Escuela Estilística Española en el que se ofrece alguna guía teórica y metodológica sobre sus presupuestos fundamentales. La ligazón con el pensamiento estructural se hace así evidente, pues se lo alude para señalar distancias que, reservas retóricas al margen, se proponen estrictamente como superaciones. La diana favorita de Alonso en ese sentido es Saussure y su teoría de la arbitrariedad del signo, que considera en sus consecuencias «tan aséptica como plana, pobre» (1950: 22). Para proporcionarle algún relieve, y sin temor a la anfibología, Alonso recupera de la terminología del *Cours* la dupla *significante-significado*, pero transforma radicalmente su sentido: «“Significante”», declara, «es, para nosotros, lo mismo a) el sonido (físico), que b) su imagen acústica (psíquica)» (1950: 21). Es decir que, en rigor, no habría porqué hacer uso de esa palabra. Sin embargo, Alonso lo hace, insiste en ella, de hecho, de modo que al borrar las distinciones de que era fruto, la vuelve a un estadio anterior a los esfuerzos conceptuales de Saussure, un estadio pre-crítico por así decirlo, al tiempo que la pone, equívocamente, en circulación.

El empeño de Saussure al distinguir entre el costado sonoro del signo y la percepción de este como imagen acústica se encaminaba fundamentalmente a librarse del embrollo empirista que suponía

considerar el significante meramente como sonido, con la infinitud no sistematizable de sus posibles realizaciones; es decir, trataba de trasladar al ámbito restringido de los signos su dicotomía mayor *lengua/habla*. Al tratar con producciones lingüísticas efectivas, las obras literarias, Alonso se propone en cambio elaborar una suerte de lingüística del habla —del habla literaria, en este caso—, aunque sin formularlo explícitamente. Es así que la idea de significante como virtualidad le resulta estrecha, ya que en su crítica pretende dar cuenta de significaciones que, en su opinión, ya están realizadas: las obras literarias. Lo mismo le ocurre con el significado reducido a concepto. Alonso ensayará ciertas aperturas —ciertamente pioneras— hacia la pragmática, aduciendo la existencia de significantes y significados parciales, bajo el lema general de que todo significa (el signo, claro, pero también la entonación con la que se pronuncia, la velocidad o la acentuación). Sin embargo, en los ejemplos que proporciona para ilustrar su punto de vista se echa en falta un elemento fundamental del proceso de significación: la ambigüedad. Todas y cada una de las escenas comunicativas que Alonso concibe para ilustrar su punto de vista tienen un significado unívoco, rescatable bien sea a través de las particularidades rítmicas o acentuales de la enunciación, bien gracias a elementos extralingüísticos como el contexto⁵. Esta soldadura del sentido es sin duda una marca mayor en los modos que adoptará la investigación estilística en su obra y en la de sus continuadores. Porque tal y como la concibe esa estilística, la literatura es un mensaje con garantías de sentido⁶. Estas garantías se encuentran implícitamente recogidas en las abundantes y recurrentes alusiones al «espíritu» y al «misterio» de la poesía, como límites últimos de las posibilidades de conocimiento. Efectivamente —y Alonso así lo expone— hay un resto incognoscible, al que el progreso de la ciencia literaria sólo puede aspirar asintóticamente. Pero, a diferencia de otras opciones epistemológicas como las mismas del estructuralismo, ese resto no es la casilla vacía en el juego de los significantes, centro hueco y descentrado que es pura condición de posibilidad sin contenido; sino un núcleo sólido y velado, una totalidad que en último término garantiza, aunque sea tendencialmente, la interpretación «correcta» de una obra. Es la «unidad en el espíritu» que Croce rescataba de Hegel y que Alonso hereda como resabio de la metafísica romántica. «La realidad es unidad espiritual», escribe Croce: «En la unidad espiritual nada se pierde. Todo es en ella eterna posesión». Y en eso se cifra el alcance y el límite de su declarado antihistoricismo. Podrá decir entonces:

En efecto, la crítica verdadera y completa es la narración histórica de lo que ha sucedido, y la historia es la única y verdadera crítica que puede ejercitarse sobre los hechos de la Humanidad, que no pueden ser no-hechos, porque se han realizado, y que se domina con el espíritu desde que se les comprende. Y como la crítica de arte no se puede hurtar ni separar de las demás críticas, así tampoco la historia del arte, por

NOTAS

5 | «La tristeza de mi amigo está bien expresada en la lentitud y en las pausas de su elocución», escribe por ejemplo Alonso (1957: 28). Pero, ¿quién determina ese criterio de «bondad»? Descripción y prescripción se confunden en la estilística más a menudo de lo que podría parecer. Por otro lado, nada indica, claro, que esa lentitud y esas pausas hayan salido del contexto diferencial en el que cabría pensarlas con Saussure y que las vuelva, efectivamente, significantes.

6 | Este argumento ya había sido planteado por Lázaro Carreter al examinar otra característica del método estilístico: la localización de «las formas idiomáticas más características» como objetivo de la crítica: «¿Cómo realizar esta selección, por qué procedimiento cribarlas y extraerlas de las no características? Sin duda, por la impresión del crítico. Con lo cual, se produce un movimiento circular: esa impresión [...] lleva a elegir y señalar como característicos ciertos rasgos del lenguaje; y estos, en camino de vuelta, acuden a confirmar la impresión que los ha seleccionado» (1976: 52).

razones de preferencia literaria, puede escindirse de la historia compleja de la civilización humana, dentro de la cual recibe el movimiento histórico, que es del espíritu todo, y nunca de una forma del espíritu unida a las demás. (Croce, 1985: 109)

Es decir, la historia, la verdadera historia, es una, y coincide con el espíritu, garantía metafísica que permite entonces cualquier juego retórico entre lo universal y lo individual, pero también entre lo fáctico y lo «misterioso», lo arbitrario y lo motivado, la materia y el espíritu según la dicotomía clásica: «Lo verdaderamente universal es lo universal individuado, [...] lo sólo verdadero *effabile* es lo llamado *ineffabile*, lo concreto y lo individual» (1985: 89). Y en este sentido puede decirse que Alonso es fundamentalmente croceano, y el peso de Croce lo reencontraremos muy a menudo en trabajos críticos posteriores, tanto suyos como de sus discípulos directos e indirectos. Bajo este predominio idealista, el «saussurismo» al que apela Alonso resulta cuanto menos fuente de confusión. En primer lugar y de modo principal porque desarticula la unidad de la lengua según la concibe el ginebrino, en lengua común, por un lado, y lengua poética, por otro. Esta dicotomía, en fin, por momentos reduplica y por momentos contiene toda la estructura bímembre en que se asienta la teoría expresiva de la estilística: comunicación / expresión; cuerpo / espíritu y, en última instancia, según corresponde al proyecto político humanista al que se adscribe: humano / inhumano. Todos estos temas reaparecerán en las páginas que siguen, articulados de distintas formas según la perspectiva de cada proyecto modernizador —el de Bobes Naves y el de García Berrio. Terminamos, por ahora, con una mención saussureana de Alonso algo menos concurrida que las tan mentadas de *Poesía española*, pero probablemente más clarificadora. Escribe el maestro estilista en *Cuatro poetas españoles*:

Adaptando al análisis literario el sistema de análisis lingüístico de Saussure a ese mensaje que el poeta quiere transmitir lo he llamado «significado».

Pero nada se ha obtenido, nada es posible, si al poeta le faltan los medios de transmisión. La transmisión del mensaje poético se logra por la palabra. A la palabra poética (adaptando el mismo sistema) la he llamado «significante». El poema no está conseguido si no hay adecuación entre el significante y el significado.

[Joan] Maragall se ha expresado sobre esto en términos que con otra nomenclatura se aproximan mucho a los míos. Léase su *Elogio de la Palabra*. (Alonso, 1962: 106-107)

Y en el *Elogi* de Maragall leeremos muchas cosas, desde luego, pero no la emergencia de una instancia simbólica surgida de la consideración opositiva y no sustancial de sus constituyentes. Antes que eso, la motivación misma del *Elogi* nos ubica en el territorio de lo inefable, lo misterioso, lo milagroso en último término: «Doncs

jo crec que la paraula és la cosa més meravellosa d'aquest món, perquè en ella s'abracen i's confonen tota la meravella corporal i tota la meravella espiritual de la nostra naturalesa» (1955: 19), escribe el poeta. Hay que considerar, en fin, hasta qué punto entender a Saussure en los términos y bajo las conceptualizaciones que nos proporciona el Maragall del *Elogi* no equivale, en buena medida, a desconocerlo.

2. La semiótica como teoría lingüística (1973) de María del Carmen Bobes Naves: un intento continuista

La semiótica como teoría lingüística, obra publicada en 1973 y que actualiza un trabajo anterior de la autora, escrito en 1965, es tal vez el intento más explícito de ajustar la renovación teórica a los presupuestos de la estilística. Con la expresa voluntad de poner al día la ciencia literaria española, Bobes Naves se detiene en largas consideraciones acerca de lo que puede entenderse por semiótica y sobre las relaciones que esta ciencia general del signo, según expresión común, mantendría con la lingüística. Este esfuerzo, sin embargo, se realiza sosteniendo una serie de principios básicos incuestionados y que son ajenos a las tendencias que pretenden difundirse y examinarse. Entre ellos destaca la definición del lenguaje como creación humana. Esta fórmula, repetida con variantes a lo largo de todo el libro⁷, contradice uno de los axiomas básicos del pensamiento estructuralista, según el cual una tal definición debería en realidad invertirse considerando lo «humano» en su sentido más amplio, si no como producto, por lo menos como resultado del lenguaje y no al revés. El estructuralismo, ya desde su prehistoria saussureana, y explícitamente desde Lévi-Strauss, no considera la posibilidad de una humanidad pre-lingüística, y evacúa de ese modo la pregunta por el origen, considerándola un pseudoproblema. La perspectiva de Bobes Naves, en cambio, es deudora de la lingüística romántica por un extremo y del mito positivista del progreso ilimitado por el otro. Para Bobes Naves la lengua es efectivamente una estructura dinámica y cambiante, pero con un sentido progresivo en su desarrollo, que remontándose en el tiempo conduciría a una suerte de *Ursprache*, creación primera del «hombre» ante la aguda necesidad sentida de comunicarse o expresarse, y que se iría enriqueciendo y complejizándose, constituyéndose de este modo en una herencia que la sociedad se da a sí misma, y cuyo valor dependería del grado de desarrollo que cada sociedad determinada hubiera alcanzado. Casi no hay que recordar que todo este planteamiento es precisamente el que Lévi-Strauss refuta al final de su *Pensamiento salvaje* en polémica con Sartre⁸.

Hablar en términos de «creación» para referirse al lenguaje

NOTAS

7 | «A medida que la civilización avanza en el dominio y en el conocimiento del mundo natural, se enriquece el lenguaje objetivamente y se amplían las posibilidades expresivas del hombre. Las generaciones que sucesivamente usufructúan un sistema de lengua, se benefician de los incrementos que experimenta en el tiempo. La lengua se constituye en patrimonio de la sociedad y de los individuos, que reciben a través de ella una cultura determinada y en un nivel determinado» (Bobes Naves 1973: 36). Esta perspectiva tiene como su correlativa la dicotomía materia / espíritu que, como en el caso de Dámaso Alonso, el contacto con el estructuralismo no ha logrado perturbar: «Las creaciones humanas como cultura objetivada, tienen dos componentes reales que podemos denominar, en forma general, materia y espíritu. [...] La lengua descubre así los dos elementos señalados como formantes de todo objeto cultural: una parte de materia, y un contenido de valor, añadido por el hombre intencionalmente» (Bobes Naves, 1973: 37-38). Se insistirá sobre este punto más adelante.

8 | La pervivencia de un sujeto moral sartriano en el discurso de Bobes Naves puede identificarse en frases como la siguiente: «La naturaleza de las cosas creadas por el hombre participa de la nota fundamental en la naturaleza humana: la libertad» (1973: 63).

desemboca además de un modo bastante inevitable en una perspectiva individualista-intencional, ya que, aun cuando se conceda la posibilidad de una creación colectiva, será generalmente al precio de atribuir a dicho colectivo los rasgos de un sujeto intencional. Con ello se compromete seriamente la posibilidad de tratar fenómenos culturales amplios de modo estructural, es decir atendiendo a la organización simbólica de sus manifestaciones sin necesidad de fundarlas metafísicamente en una intención, en un acto creativo y único. Consecuentemente, Bobes Naves desestima la posibilidad de una semiótica que se postule como teoría general de la cultura, aduciendo que tales pretensiones no han sido verificadas y que, de un modo amplio, los estudios sobre sistemas de signos no lingüísticos terminan reduciendo sus objetos a los moldes del lenguaje natural. Se confirma así el estatuto ambiguo del lenguaje, que es a la vez una creación cultural entre otras (el derecho, la pintura, la religión) y al mismo tiempo la inesquivable matriz explicativa de todos ellos. Tal vez Bobes Naves no advierta esta ambigüedad; sin embargo, saca buen provecho argumental de ella, ya que la usa para recortar el ámbito de lo semiótico a lo lingüístico y, más aún, a lo lingüístico comunicacional. Desde su concepción intencional, y arquetípicamente estilística, la lengua posee dos funciones principales: comunicación y expresión, que serían, decíamos, las dos necesidades humanas que habrían llevado a su creación. Este bifuncionalismo «natural» encontraría un reflejo incontestable en la división de los estudios sobre el lenguaje: lingüística para la comunicación y estilística para la expresión. He ahí, de nuevo, el problema del reparto del saber a la luz emergente de lo simbólico. Evidentemente, desde este punto de vista dicotómico, la semiótica (estructural) supone una perturbación al orden «natural» de las cosas. De ahí que la larga introducción con la que Bobes Naves abre su volumen —y que ocupa un tercio del mismo— pueda interpretarse como un esfuerzo por responder a este cuestionamiento y hasta por zanjarlo, por devolver las cosas al punto en que las había dejado la clausura saussureana de Dámaso. El primer paso que Bobes Naves da en este sentido es ofrecer una definición parcial de la semiótica, a la que identifica de forma casi exclusiva con la filosofía analítica:

La finalidad de los análisis semióticos se orientó, al menos en sus autores primeros, a fijar las leyes que siguen los sistemas de signos en sus modos de significar para aplicarlos a la lengua y conseguir así un sistema estable de signos, apto para la expresión científica. (1973: 14)

De ahí en adelante, sigue una larga discusión acerca de las posibilidades de cientificidad de la lingüística que remata con la siguiente distribución del trabajo científico:

La lingüística aborda el estudio de la lengua con método funcional [...], y es, por ello, ciencia de la cultura. La estilística está, en cuanto a método se refiere, en el mismo nivel de la ciencia, si bien altera un tanto los cauces

del método funcional al valorar previamente la forma de lenguaje que analizará. Mientras la lingüística se enfrenta con cualquier manifestación de la lengua, aunque se limite en cada caso a un aspecto de ella, la estilística valora inicialmente el lenguaje considerado literario. [...] La semiótica utiliza hasta un determinado momento el método funcional –mientras analiza los lenguajes naturales–, pero parte también de una previa valoración que le lleva a seleccionar o calificar de adecuados o inadecuados unos usos frente a otros, en razón del criterio de exactitud. (1973: 67)

Así se reparte el pastel de la lengua: la lingüística, ciencia funcional y general, lo toma entero en tanto sistema, y ahí subsiste lo que de estructuralista tiene el enfoque de Bobes Naves; la estilística se ocupa entonces del lenguaje en tanto función expresiva y, por lo tanto, en su dimensión individual. Más adelante nos dice:

La estilística analiza el lenguaje ya configurado en una obra literaria, que tiene un indudable valor social, pero no le interesa tanto esta dimensión como los indicios que lo convierten en algo individuante, en la lengua específica de un autor. Los términos «estilo», «idiolecto» coinciden en su referencia a un sujeto único. (1973: 69)

En términos saussureanos, la estilística propuesta por Bobes Naves, como ocurre en el caso de Dámaso, sería algo cercano a una *lingüística del habla literaria*; pero sería, por decirlo así, un habla sin lengua, sin sistema más allá de la lengua, a la que la dimensión social «no le interesa tanto». Si desechamos el valor de coartada que tiene la atenuación, comprendemos que lo que propugna Bobes Naves es un retorno a perspectivas humanistas que tratan de preservar la unidad del constructo cultural «hombre» como individuo sustantivamente a-social o por lo menos anterior a toda socialización.

La perspectiva intencional, más la consideración expresiva de la literatura, conducen finalmente a una reducción del papel de la crítica al de una hermenéutica idealista que considera el sentido de un texto como emanación de la intención del autor, a la que el crítico, merced a su sensibilidad privilegiada, accedería si no plenamente, por lo menos en una aproximación cuyo límite tiende a cero y que, por lo tanto, proporciona valor de verdad a su trabajo. En este punto, la huella de Dámaso Alonso es incuestionable. Con estos criterios puede incluso establecerse, como hacían las retóricas clásicas, una jerarquía de pureza de los géneros, cuya cima, evidentemente, la ocupa la lírica, a la que Bobes Naves define en estos términos:

En el lenguaje literario, la lírica busca [...] los casos de expresividad: las palabras, las expresiones sugieren más que comunican y tratan de crear en el lector un estado emocional semejante al del autor. (1973:195)

De este modo, se clausura una vez más toda posibilidad de pensar la literatura como un acontecimiento simbólico cuya realidad no se

agota ni en su existencia institucional manifiesta ni en el escrutinio de voluntades de sus autores. Y una vez más eso ocurre incurriéndose en un malentendido, alterando la definición y los conceptos de las nuevas disciplinas que se ensayan en el extranjero, reduciéndolas al campo de lo local conocido, y desacreditándolas, en fin, por lo que no son.

3. Significado actual del formalismo ruso (1973) de Antonio García Berrio: un intento rupturista

Como vimos, Bobes Naves realiza su intervención en una línea de continuismo, que trata de paliar las rupturas que podría ocasionar la misma renovación metodológica que lleva a cabo, poniendo buen cuidado en que no se altere el reparto del saber que, en materia de lengua y de literatura, se venía sosteniendo tradicionalmente. Bobes Naves, además, procura evitar toda contaminación y todo trasvase de la actualización científica hacia objetivos políticos de remodelación institucional universitaria. García Berrio, en cambio, manifiesta de forma muy explícita la voluntad de renovación y actualización del campo académico español con toda la complejidad que asumía ese gesto y más allá de una pura puesta al día nocional. Permítasenos reproducir en extenso un párrafo del prólogo que él mismo antepone a su estudio, pues lo consideramos un documento de primer orden para entender la situación en la que se encontraba esa nueva generación de profesores que se acercaba a cátedras muchas veces sumidas en la rutina:

Quizás mi condición de profesor de la disciplina que en nuestro país se explica bajo la denominación de Gramática General y Crítica Literaria⁹ sea algo positivamente revelador para el lector y le ayude a formarse una idea exacta, desde el principio, de mi propósito al escribir este libro, y de lo que éste pretende aportarle. [...] Ante todo debo aclarar que, al escribir el libro, he tenido siempre en cuenta la experiencia resultante de mi condición de profesor [...]. He procurado, pues, escribir una obra que sirva en la coyuntura actual científica y social de los universitarios españoles. Los que a diario veo en mis clases y en mi seminario, estudiantes y jóvenes graduados. A todos los jóvenes lingüistas y críticos que quieran saber, se les ofrece esta obra, que a mis colegas profesores pocas novedades y aciertos puede brindarles. Salvedad ésta, por cierto, que hoy en nuestro país, desgraciadamente, es preciso extender, en ocasiones con mucha más razón, a un buen número de esforzados profesionales de la especulación humanística, a los que el tradicional anquilosamiento casi general de nuestros centros universitarios mantiene alejados de la docencia, ya sea por expresas o tácitas interdicciones, ya -lo que de modo alarmante va siendo caso más general- porque la ubicación universitaria, integrada, no les ofrece alicientes ni garantías científicas que compensen los sacrificios del laborioso proceso administrativo de integración. Unos y otros, los de afuera y los de adentro de España, conocen de sobra las dificultades inherentes a un proceso autónomo de despliegue cultural realmente actual sin contar con la propulsión de las

NOTAS

9 | Estas cátedras empezaron a funcionar en 1948 bajo el impulso de Rafael Balbín Lucas. «La vinculación de la “Gramática general” y la “Crítica literaria” en los programas oficiales», aporta Garrido Gallardo (1978-80: 346) en la necrológica que dedica este personaje clave de la universidad fascista, «dejará una huella perdurable, sean cuales fueran los avatares que sigan los planes de estudio».

estructuras sociales y científicas oficiales. [...] Consecuentemente con el posible público y sus circunstancias, he juzgado oportuno enriquecer el libro en todo momento con la transcripción de numerosas citas, en ocasiones bastante extensas, así como abundantes referencias bibliográficas que permitan poner en directo textos fundamentales al alcance de lectores con mucha frecuencia aislados y en medios de difícil acceso a bibliotecas de la especialidad bien abastecidas. (1973: 7-9)

La extensión de la cita, como preveníamos, se justifica en lo excepcional del testimonio: se reconocen, con la reserva propia del caso, la precariedad de una institución universitaria «anquilosada» que ahuyenta, por obra u omisión, a sus elementos más inquietos, así como en general la falta de medios materiales y apoyos institucionales a la educación superior. El arranque, en fin, promete algo distinto a cualquier huera glorificación del elemento nacional en la ciencia universal —el manido «esto nosotros ya lo sabíamos» que Lázaro Carreter (1976: 124) remonta a la polémica con el realismo francés como una triste tendencia de la crítica española y que en estas pocas páginas hemos visto aparecer ya varias veces— y, sin duda, este inhabitual punto de partida tiene sus raíces sociológicas. José-Carlos Mainer las describía, hace ya algunos años, en términos breves y evocadores:

A fines de los sesenta, se hablaba mucho de sociología literaria y de estructuralismo. Por debajo de aquellos nuevos horizontes epistemológicos, bullía una tectónica histórica que hoy empezamos a entender con más claridad: la fuerte ideologización izquierdista que acompañó todo el decenio y la presencia de una nueva promoción de profesores que se preguntaba por su función en una sociedad en acusado (y desordenado) crecimiento. (Mainer, 2003: 93)

García Berrio, como él mismo admite, se encuentra inmerso en esa tectónica de la que los PNN, profesores no numerarios, no fueron, precisamente, un actor menor. Su libro exige ser leído en ese contexto para entender el doble eje sobre el que se articula: actualización teórica y compromiso político. Ambos aspectos se condicionan mutuamente, desde el título mismo del trabajo. *Significado actual del formalismo ruso* se pregunta explícitamente por las posibilidades de una crítica literaria que además de garantías científicas ofrezca una repuesta moral a la acuciante situación política en España y en el mundo. La cuestión, para García Berrio, pasa por rehabilitar los aciertos y méritos del formalismo, disputando la hegemonía del enfoque contenidista o estilístico como salvaguarda única de lo humano en el arte: ese y no otro debería ser su «significado actual». El fondo incuestionado común será entonces el humanismo, y es desde esa perspectiva que se tratará de integrar al estructuralismo entonces dominante en la escena internacional como heredero del formalismo:

Por encima del epidérmico fenómeno, pero partiendo de la incuestionable

y única realidad, de dato, del ámbito fenomenológico, el llamado «estructuralismo» busca con sus corrientes más maduras y actuales establecer del modo más concreto y profundo posible la fisonomía exacta de la condición humana. (García Berrio, 1973: 226)

El asunto exigiría un examen muy detallado. La cuestión del humanismo presente en los postulados estructuralistas es controversial. Derrida, se sabe, la discute ejemplarmente a propósito de Lévi-Strauss en *De la gramatología*. Althusser, que tanto podría haber aportado, apenas recibe alguna mención en el libro de García Berrio. En cualquier caso, históricamente, el estructuralismo se las tuvo que ver más a menudo con la acusación contraria, la de antihumanismo. La postura de García Berrio puede interpretarse entonces como una estratagema defensiva, que le permita discutir con la estilística, en tanto tendencia principal de esa «academia anquilosada» que él trata a la vez de actualizar y de democratizar, disputándole su principal patrimonio: el hombre.

Esta perspectiva, sin embargo, es sólo renovadora en el contexto específico de España, cuya circunstancia política deja más bien poco espacio para frivolidades semejantes a la «muerte del autor». Berrio dedicará incluso algún espacio a rebatir el elitismo de Ortega en *La deshumanización del arte*. El diálogo crítico en España venía, en fin, con cierto grado de atraso. Por otro lado, y ahí está lo que nos importa, el compromiso humanista actuará como una suerte de techo de cristal, propiciando una recepción del estructuralismo cuanto menos parcial, y promoviendo un debate con la estilística que inquietará menos de lo aparente sus fundamentos epistemológicos más hondos.

De todos modos, el debate se da. García Berrio será perfectamente claro en este punto, y aunque su análisis aliente por momentos la consabida identidad entre los «tres inmanentismos» (estilística, formalismo y *new criticism*); propondrá otra ordenación y, sobre todo, procurará sacar a la estilística de ese lugar omniabarcativo, alfa y omega de la crítica literaria. Obsérvese lo que aventura en una nota al pie:

No nos parece ni tranquilizador ni agradable el que nuestra opinión sobre los formalismos todos, incluida la estilística –como parcela metodológico-crítica importante, pero no única de la ciencia de la literatura–, contraste con el parecer de admirados maestros españoles, después difundido e imperdonablemente deformado y caricaturizado por torpes sedicentes epígonos. La identificación, sin distinguos, de estilística y ciencia literaria como totalidades fue, según creemos, en el caso de algunas mentes realmente próceres, fenómeno episódico, fruto incluso de circunstancias históricas, en definitiva sometido a la extremosidad de cualquier polémica intelectual, y en suma perfectamente defendible desde esas mismas circunstancias. Nada más; en los demás casos nos parece o un mero juego con meras palabras innecesarias, o un craso error. (1973: 72, n. 20)

García Berrio mantiene el tono polémico a lo largo de todo el libro, con momentos de emergencia fuerte. Su propósito es claramente el de contraponer el formalismo ruso, su antipsicologismo, la cautela en sus aseveraciones, su sistematicidad acumulativa; a la estilística fundamentalmente de cuño idealista. Siempre, sin embargo, manteniendo el suelo común del humanismo:

Lo que las meticulosas disecciones de los formalistas sobre las obras de arte, obras humanas en definitiva, nos proporcionan de real e incuestionable conocimiento de mecánicas del comportamiento humanas y sociales, tiene quizás más valor, en su mismo silencio, que las expresas evocaciones, con menos peso analítico, de los reinos insondables y, por ende, poco comprometedores de las ideas directamente inefables. (1973: 81)

Es cierto que, en su aproximación polémica, García Berrio no siempre afinó los conceptos que manejaba. Su voluntad de ofrecer un panorama lo más amplio posible de la teoría contemporánea lo forzó a veces a ser sumario, a equiparar posiciones que deberían matizarse antes que igualarse, a arriesgar anfibologías¹⁰, pero no es menos cierto que, más allá de eso, es capaz de localizar con mucha pertinencia los núcleos problemáticos de las polémicas que aborda. Así, por ejemplo, al tratar sobre la relación entre lingüística y crítica literaria en el marco de una posible definición –o desarticulación– de la «lengua poética», García Berrio compara la situación vivida en Francia con la española y concluye en línea con lo que venimos notando:

En España, con una gloriosa historia de colaboración lingüístico-crítica fundida en los moldes de la estilística y la lingüística diacrónica, con nombres tan significativos como los de Dámaso y Amado Alonso, Menéndez Pidal y Rafael Lapesa, el espíritu de colaboración no aparece planteado de modo tan problemático [como en Francia]. Y ello se debe, quizás, a que el modelo de descripción lingüística que perdura preponderantemente sea el idealista-estilístico, que no plantea demasiados problemas de adaptación. (1973: 108)

Estos términos, sin embargo, no tendrán mayor desarrollo en el volumen de García Berrio, quien funda la polémica contra la estilística en su confianza científicista en un discurso que pueda superar las vaporosidades de la retórica académica entonces en boga. El núcleo del problema, ciertamente, lo localiza en la concepción de la lengua cuyas raíces, con acierto, ubica en el idealismo y por momentos, parece establecer con claridad sus diferencias con esta posición:

Hemos tenido ocasión de examinar el principio de la textualidad del hecho literario en los formalistas rusos y sus secuelas inmediatas, la dinamización de los elementos poéticos, su desautomatización, y la condición radical de pluralidad de la palabra poética. Conceptos básicos, jamás formulados como tales por ninguna escuela crítica o pensador aislado, y que constituyen la base, como hemos mostrado, de las más importantes explicaciones actuales de la esencia poética. (1973: 160)

NOTAS

10 | Tomemos por ejemplo, su apretada nómina de autores favorables a una concepción de la lengua poética entendida como desvío de la norma: «Los teóricos del Círculo de Praga ya aludidos [...], llegaron a informar serias formulaciones de base rigurosamente lingüística-estructural, como la de Pierre Guiraud o Knud Togeby en Europa, y las de Samuel R. Levin o Roger Fowler en América; pasando por análogas opiniones sustentadas en campos críticos menos específicamente lingüístico-estructurales, como Walter Benjamin o Max Bense» (García Berrio, 1973: 119-120).

Es meridiano el modo en que García Berrio propone firmemente la irreductibilidad del formalismo a la estilística, y como señala el núcleo de esa misma irreductibilidad en lo que antaño fuera el coto privado de los estilistas: la esencia de la poesía. Sin embargo, esa misma formulación debe ponernos sobre alerta. Aun cuando las alusiones de García Berrio al formalismo puedan extenderse, e identificarse, en sus propias palabras, al estructuralismo, en tanto tal denominación englobaría «la general renovación metodológica» arrancada con los primeros, lo cierto es que en ningún momento se propone abjurar por completo de un paradigma humanista fuerte, en el que el «hombre» sigue siendo centro incuestionado y dador de sentido.

Esta perspectiva implica, en el nivel de la teoría lingüística, mantenerse dentro de los límites de la dicotomía clásica comunicación / expresión, si bien lo que ahora pugna por expresarse es una naturaleza humana general. De ahí que García Berrio dedique tanto espacio en su trabajo a la problemática de la lengua poética para concluir que la clave, y por lo tanto el aporte principal del formalismo que debe ser rescatado, se encuentra en «la dinamización rítmica y las distorsiones de la sintaxis lógico-comunicativa merced a las exigencias rítmicas» (1973: 198). Esto no es sino una variación, con nueva jerga, de la oposición entre lengua (comunicación) y poesía (expresión) según la podía formular un estilista de fuste indiscutible como Carlos Bousoño:

Mezclamos *lengua* y *poesía* en nuestra cotidiana conversación; no debemos realizar esa mezcla en el poema. Precisamente la causa de que un poema no esté conseguido del todo se debe a la presencia de elementos de lengua dentro de él. El poema debe ser por entero una sustitución: un sustituyente. (Bousoño, 1952: 55)

El asunto tiene su miga porque la cita anterior la extraemos del polémico volumen en que Bousoño adopta programáticamente el eslogan de Aleixandre «poesía es comunicación». Desde luego que hay razones de índole histórica¹¹ para entender cómo un crítico salido del riñón de Dámaso Alonso pudo llegar a una formulación semejante, en principio, diametralmente opuesta al más previsible «poesía es expresión» y que, en definitiva, parece ser por lo que se aboga en el párrafo citado. La explicación teórica, sin embargo, aporta un tipo de luz más general a la cuestión y nos ha de permitir ver cómo reverberan todas estas posiciones en el trabajo de García Berrio. La clave está en entender que el concepto mismo de expresión presupone la existencia de un mensaje concreto que la antecede, una garantía de sentido, que la expresión simplemente recubre con rasgos individualizantes. A lo sumo, como hemos visto en el caso de Dámaso Alonso, esa garantía se vuelve tendencial, «misteriosa», pero no por eso menos presente y sancionadora.

NOTAS

11 | Así, por ejemplo, lo aclaró José Ángel Valente, aunque sin referirse a la fortuna crítica de la fórmula: «En los años cincuenta el medio literario era muy primitivo. Se estaba asistiendo a la irrupción de la poesía social, y algunos poetas mayores, los de la Generación del 27, advirtieron la influencia del estado de la poesía en esos tiempos y se asustaron. Creían que iban a perder pie en lo que estaba sucediendo y entonces se hicieron más papistas que el Papa y quisieron reabsorber la postura de la gente joven (que estaba recibiendo influencias muy politizadas, sobre todo ideológicas). Como consecuencia, nace de ellos, y en particular de Vicente Aleixandre, la fórmula primaria de “Poesía es comunicación”» (citado en Ramos, 2008: 11).

En la vereda de enfrente, conviene recordar la réplica de Gil de Biedma:

Lo comunicado es, ante todo, el signo afectivo que la realidad del poema confiere a las experiencias que lo integran, y que desprendidas de él carecerían de sentido [...]. Si es el poema en curso quien orienta y conforma la emoción, si ésta no es origen sino consecuencia que existe sólo en función de él, y que no puede existir sin él, ¿no será el poema quien despierta esa emoción y pone al poeta, consciente o inconscientemente, en comunicación con ella? (citado en Ramos, 2008: 15)

No tiene sentido hacer de Gil de Biedma un estructuralista *sui generis*, porque su fuente teórica explícita es Eliot, pero sí atender al giro que suponen sus argumentos con respecto a la posición estilista: El sentido, viene a decir, emana del signo, y no de ningún otro lugar y, como el signo es una entidad diferencial puramente negativa, no está garantizado más que como acontecimiento, como la presencia plena y huidiza a un tiempo de lo que se da, de lo que insiste en darse en su realidad recursiva de signo. No hay propiamente un afuera del lenguaje que lo justifique, y por consiguiente, no hay tampoco un «hombre» afuera del lenguaje. Los presupuestos lingüísticos, una vez más, encuentran su eco en la cuestión candente del humanismo. Escribe Gil de Biedma:

El fallo de toda doctrina de la poesía como transmisión reside en olvidar que el poeta trabaja la mayor parte de las veces sobre emociones posibles y que las suyas propias sólo entran en el poema (tras un proceso de *despersonalización* más o menos acabado) como emociones contempladas, no como emociones sentidas. (14-15, *el destacado es nuestro*)

Por otro lado, no hay que menospreciar la identificación —o la reducción asimiladora, si se quiere— entre estructuralismo y estilística vigente en aquel entonces para entender que quienes proclaman con más lucidez su oposición a la segunda, desdeñen o no atiendan los posibles argumentos que hubieran podido extraerse del primero. En cualquier caso, lo aclarado es que postular un sentido garantizado, anterior al lenguaje mismo y garantía de lo humano¹², es lo que le permite a la estilística mecerse con tanta holgura como lo hace Bousoño entre los dos extremos, comunicación y expresión, de lo que sólo en apariencia sería su oposición fundante.

Del mismo modo, al mantenerse en el territorio del humanismo, García Berrio cede antes a estas dicotomías aparentes que a la potencia epistemológica de ese tercer orden de lo simbólico que se instituye con el estructuralismo. A pesar, entonces, de acoger en aluvión la nómina de nuevos críticos que habrán de roer su hueso teórico hasta reducirlo a astillas (Lévi-Strauss, Barthes, Foucault, Kristeva, Genette, Greimas son mencionados en varias ocasiones),

NOTAS

12 | Hay que entenderlo bien, porque ese es otro malentendido frecuente: no es el lenguaje lo que define al «hombre» del humanismo, sino su razón previa, hecho que permite tildar de inhumano a aquel que habla sin razón, aunque comparta un mismo idioma. El genocidio perpetrado durante la Guerra Civil no es otra cosa que un dolorosísimo ejemplo de esta fatal deriva humanista.

el crítico albaceteño preferirá concluir su obra presentándose como un moderador de los tan temidos «excesos teóricos», en nombre, una vez más, de ese hombre que es ante todo el de la estilística, permanentemente amenazado por contaminaciones degeneradoras, y que el estructuralismo, en fin, no termina de disolver en las reactivas tierras de España:

Resulta obligación ineludible de los historiadores de las ideas literarias aceptar y prevenir los riesgos que los movimientos de que se ocupan pueden proyectar sobre la realidad artística contemporánea. En nuestro caso, el formalismo, que no puede ser olvidado lícitamente en modo alguno como cantera de enseñanzas histórico-técnicas aún no agotada, constituye por contraposición, en especial con su repentino descubrimiento tardío en Occidente, uno de los indiscutibles sustentos intelectuales, precursores del estricto estructuralismo, en que podría asentarse una modalidad de degeneración artística que comienza a insinuarse insistentemente en los últimos años. (García Berrio, 1973: 423)

García Berrio, en fin, sostiene posiciones científica y políticamente dispares a las que mantenía Bobes Naves, discute incluso la prioridad, el papel mismo de la estilística en el orbe de la crítica literaria; sin embargo, la sorda hegemonía de esa tendencia, las comodidades de su sentido común, y la imposibilidad de quebrar el territorio mismo de la polémica dentro del ámbito académico —rasgo este exacerbado en España, pero de ningún modo privativo del país, recuérdese si no la tardía y problemática inserción institucional de una buena mayoría de los críticos estructuralistas franceses— detuvieron el intento de ruptura del crítico albaceteño a medio camino y, sobre todo, lo insensibilizaron a los términos en los que el debate se daba en otros lugares —la ya mencionada desatención a Althusser en su libro, por ejemplo, o el escaso eco que en él encuentran los argumentos antihumanistas de Barthes, Kristeva, Derrida.

Bobes Naves y García Berrio son dos casos testigo, si se quiere, dos polos de un campo, como dijimos, que bien rastrillado hace aflorar muchos otros. A principios de los setenta, cuando ya era tarde en otros lugares, las discusiones verdaderamente profundas que se suscitaron bajo el fecundo paraguas del estructuralismo —quiebre del paradigma expresivo del lenguaje, quiebre de la concepción intencional del sujeto, de la división dicotómica de las ciencias y las letras etc.— no pudieron darse en España, en el terreno de la crítica literaria, del mismo modo. Lo impidió, en primer lugar, un régimen totalitario de cuño humanista católico que, por evidentes razones ideológicas, no podía tener ningún interés en ello; y, en segundo lugar, una tendencia crítica que supo prosperar muy bien bajo ese mismo régimen, que se convirtió en hegemónica y que, visto lo visto, al fin, habría que preguntarse hasta qué punto no terminó dándole letra. Las versiones interesadas de las que hablábamos al principio,

las que subrayan anterioridades y moderaciones, terminan por ocultar de paso, lo quieran o no, la gravedad de este último punto.

Bibliografía

- ALONSO, D. (1950): *Poesía española: ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid: Gredos.
- ALONSO, D. (1962): *Cuatro poetas españoles: Garcilaso, Góngora, Maragall, Antonio Machado*, Madrid: Gredos.
- BOBES NAVES, M. (1973): *La semiótica como teoría literaria*, Madrid: Gredos.
- BOBES NAVES, M. (dir.) (1974): *Crítica semiológica*, Santiago de Compostela: Secretaría de Publicaciones de la Universidad de Santiago.
- BOUSOÑO, C. (1952): *Teoría de la expresión poética*, Madrid: Gredos.
- CROCE, B. (1985): *Breviario de Estética*, Madrid: Espasa-Calpe.
- GARCÍA BERRIO, A. (1973): *Significado actual del formalismo ruso*, Barcelona: Planeta.
- GARRIDO GALLARDO, M.A. (1978-80): «Necrología. Rafael de Balbín», *Revista de Filología Española*, vol. LX, 345-355.
- LÁZARO CARRETER, F. (1976): *Estudios de poética (la obra en sí)*, Barcelona: Crítica.
- MARAGALL, J. (1955): *Obres completes*, Barcelona: Sala Parés Librería, vol. XIX.
- MAINER, J.-C. (2003): *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, Barcelona: Crítica.
- PARDO, J. L. (2001): *Estructuralismo y ciencias humanas*, Madrid: Akal.
- PINEDO BUITRAGO S. (2012): «Tradición, aportes y desafíos de la Teoría Literaria en lengua española», *Arbor*, 758, 1197-1205.
- RAMOS, J. (2008): «Madrid Barcelona, ida y vuelta: revisión de una polémica poética de los años cincuenta» en Saz, S. M. (ed.), *Acortando distancias: la diseminación del español en el mundo. Actas del XLIII Congreso Internacional de la Asociación Europea de Profesores de Español*, Madrid: Uned, 10-18.
- RICO, F. (2003): *Los discursos del gusto*, Barcelona: Destino.
- TUSET MAYORAL, V. (2010): «La primera recepción del estructuralismo literario: España, Argentina, México: Apuntes para una investigación», IX Congreso Argentino de Hispanistas, <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1181/ev.1181.pdf>, [11/11/2014].
- TUSET MAYORAL, V. (2013): «El lenguaje y la estilística hispánica. Notas para un estudio de su influjo en la Argentina de los años 50», III Congreso Internacional «Cuestiones Críticas», <http://www.celarg.org/int/arch_publici/tuset_mayoral_vicentecc.pdf>, [11/11/2014].

#12

STYLISTIC LEGACY AND THE WILL FOR RENEWAL IN SPANISH LITERARY CRITICISM OF THE 1970S: DÁMASO ALONSO, CARMEN BOBES NAVES AND ANTONIO GARCÍA BERRIO

Vicente Tuset Mayoral

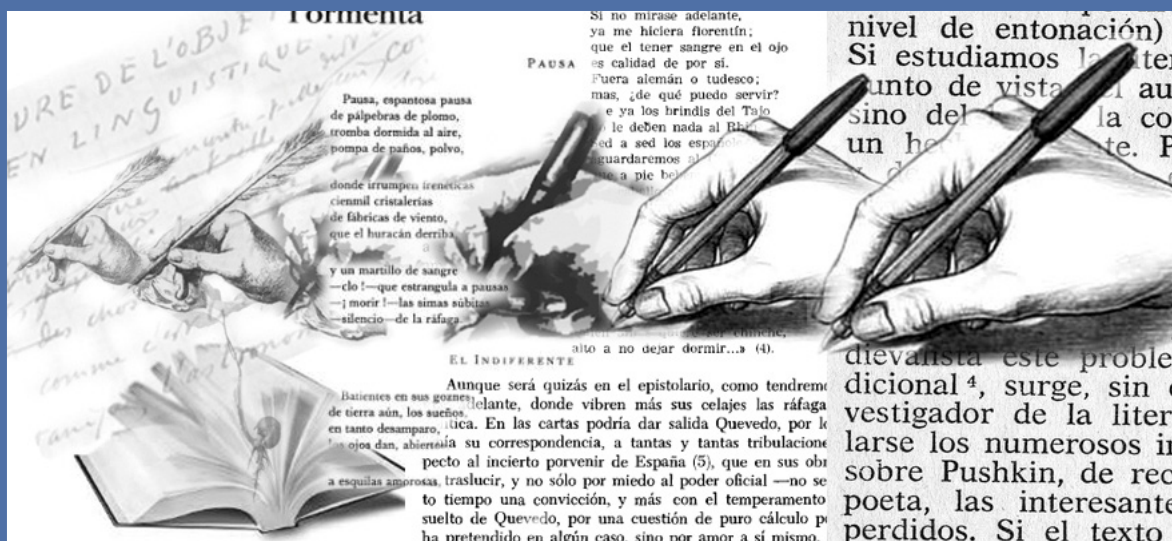
*Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria
Universidad Nacional de Rosario – CONICET*

Illustration || Raquel Pardo

Translation || Eloise Mc Inerney

Article || Received on: 20/08/2014 | International Advisory Board's suitability: 06/11/2014 | Published: 01/2015

License || Creative Commons Attribution Published -Non commercial-No Derivative Works 3.0 License.



Abstract || This article develops the hypothesis that the prevalence of stylistics in Spanish literary criticism obstructed the reception of the most novel and fertile aspects of the epistemological paradigm of structuralism. We develop this idea by focusing on two moments. The first is Dámaso Alonso's initial considerations about Saussure, which inaugurated the conditioned reception to structuralism. The second is the publication, in the early seventies, of Antonio García Berrio's *Significado actual del formalismo ruso* (1973) and María del Carmen Bobes Naves' *La semiótica como teoría lingüística* (1973). These two works reveal the extent to which Alonso's views continue to influence the reception of structuralism at a key moment in the theoretical renewal of Spanish literary criticism, even when the two books, of very different tone and perspective, marked polar opposites in the agitated Spanish university system of late Francoism, when demands for democratic institutions, labor improvements and curricula modernization all became part of the same struggle.

Keywords || Stylistics | Structuralism | Dámaso Alonso | Antonio García Berrio | María del Carmen Bobes Naves

0. Priorities and constraints: a version of Spanish stylistics

In Spain the theoretical innovations associated with structuralism and *nouvelle critique* are usually considered to have had a rather lukewarm reception. The reason, it is claimed, is that much of what was proposed by those tendencies at that time was already implicitly found in home grown advances in philology and, more specifically, in its stylistic aspects. It has also been affirmed that this circumstance provided Spanish criticism with a type of safeguard against certain “theoretical excesses”¹ which had weighed down other traditions. We are further told that stylistics as established by Amado and Dámaso Alonso already displayed a scientific interest in the linguistic properties of literary texts. Thanks to the solid philological training of the most conspicuous promoters of that movement—nearly all of them inheritors of the Pidalian School—Spanish criticism anticipated by several years the linguistic turn which was imposed by the international diffusion of the structuralist paradigm.² The benefits of stylistics are thus summed up as moderation and anticipation in terms of pure gain without corresponding losses.

This is obviously a self-interested version of history; it responds to an old power game of the Spanish academy which is—or should be—already well-known, so we will not spend much time on it. The reader will easily note, for example, that among those who defend the beneficial influence of stylistics with greatest determination are several significant members of Opus Dei. In a more general sense, this same “interest” is also manifested on the rhetorical plane. If we take the first of their arguments, structuralism’s “lack of moderation”, we can see that this is not an epistemological category, but a moral one, the Greek *hybris*, to which stylistics would of course oppose its particular *sophrosine*. Those who judge in this manner are not exactly pursuing a disinterested inquiry, but rather its end, its conclusion, or at the least, the regulation of its parameters: this is theorisable, that is not.

The belief that in some way stylistics anticipated, encompassed even, the main developments of structuralism cannot be other than a misunderstanding which ignores the radically different epistemological bases of both movements.

Our hypothesis, to which we have already dedicated some efforts—see Tuset 2010 and 2013—proposes a reading against the grain, according to which Hispanic Stylistics, rather than containing and anticipating anything, was converted into a glass ceiling which, contrary to appearances, obstructed the reception of the most productive aspects of the new structuralist paradigm.³

NOTES

1 | The idea evoked by this phrase, fundamentally anti-intellectual and irrationalist, has its contemporary roots, long before the emergence of structuralism, in the vitalist currents that stirred philosophic and aesthetic thought, not only in Spain, but also in the west, during the transition between the 19th and 20th centuries. We can illustrate this with an example which is more relevant than it seems since, as well as being somewhat recent, it comes from the very heart of its dissemination: in Volume 278 (November-December 2012) of the journal *Arbor*, edited by Spain’s Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), there is an interview with Miguel Ángel Garrido Gallardo, president of the Spanish Association of Literary Theory (ASETEL). The interviewer, Sebastián Pinedo, asks: “¿Se puede decir que [Amado Alonso, Dámaso Alonso y Raimundo Lida], con todo, no se precipitaran – como sucedió en otras tradiciones – en el formalismo excesivo, adelantando excesos del estructuralismo y posestructuralismo?” (Piñedo Buitrago, 2012: 1199). To which Gallardo categorically replies, “Si lo que quiere decir es que la evolución de este ultimo medio siglo de crítica literaria que nace en París (se llamó por antonomasia, la *Nouvelle Critique*) hace añorar muchas veces los grandes textos de nuestra tradición, de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Américo Castro, Dámaso Alonso, Amado Alonso, Pedro Salinas, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y demás padres fundadores, le digo rotundamente que sí” (2012: 1202).

2 | Another interview serves as an example for this point. This time it is Francisco Rico, interviewed by Daniel Fernández, who recalls that “yo me formé en la época

We will locate this error in two moments: Firstly, its inauguration in Dámaso Alonso's commentary on Saussure in *Poesía Española* and other similar texts, the primary sources of this alleged moderate structuralism and the cream of Hispanic stylistics. Secondly, we will examine two titles published at the beginning of the 1970s: *Significado actual del formalism ruso* (1973) by Antonio García Berrio; and *La semiótica como teoría lingüística* (1973) by María del Carmen Bobes Naves. In this second section we will show the extent to which Alonso's opinions continued to condition the reception of structuralism at a key moment in the theoretical renewal of Spanish literary criticism; this includes works with very different tones and perspectives which—as we will see—could be said to represent opposite poles in the context of the final years of the Francoist Dictatorship. This period saw a great deal of agitation in the academic world, where the demands for worker's rights and the democratisation of institutions went hand in hand with those for the updating and modernisation of programmes of study.

However, in order to do this well, we will need to pinpoint what we mean in this article by the structuralist paradigm. What does stylistics oppose itself to in structuralism, what are we ignorant of when we say it contains it, anticipates it, rectifies it? We will dedicate a few lines to this question.

Defining structuralism is no easy task. The terms with which we try to represent it—to circumscribe it, in a certain sense—fluctuate; its own members (that is to say, many of those named on its suggested roll call) forswore the term, which never managed to rid itself of the contemptuous overtone it acquired during the times of greatest polemic. “School,” “movement,” “moment,” “new dawn” even, are some of the terms which have been used to describe it.

Our approach, however, is not historical and we are consequently free of having to adhere to precise limits in a periodic or sociological sense. Our approach is theoretical and, for that reason, we will demarcate and use the term “structuralism” in as much as this noun can be correlated with a series of concrete theoretical effects. In this sense, we will lean largely on the conclusions made by José Luis Pardo in his essay *Estructuralismo y ciencias humanas*.

We will summarise this work as briefly as possible without doing it injustice. According to Pardo, the rise of structuralism came to alter the epistemological distribution that, at least since the Enlightenment, had divided the field of knowledge between the exact sciences—or empirical-mathematic—and those which, with Dilthey, would receive the name of sciences of the spirit, or in Pardo's words, the phenomenologic-hermeneutic sciences. This is, in short, the old

NOTES

en la que la novedad era el estructuralismo. Un estructuralismo que todavía no era el francés ni la versión luego tan popularizada que acabó por cuajar en los Estados Unidos. Piense, por ejemplo, que yo estudiaba la gramática y los libros de Hjelmslev en la universidad en los tiempos en los que ni Barthes ni Greimas habían leído a Hjelmslev; ni siquiera sabían quién era. Y, sin embargo, Hjelmslev estaba en la universidad como libro de texto, porque Emilio Alarcos lo había introducido en España, y por entonces era el pan de nuestro día” (Rico 2003: 45).

3 | We are not entirely alone or original in this case: Lázaro Carrete in the introduction to his volume *Estudios de la poética* declared, “Los españoles e hispanoamericanos, que contamos con una tradicional compatibilidad entre los estudios lingüísticos y los literarios establecida por la escuela de Menéndez Pidal, y que hemos conocido el auge de la Estilística idealista por obra de dos de sus más preclaros maestros, Dámaso Alonso and Amado Alonso, tal vez no estemos en condiciones de atribuir a esta nueva alianza entre lingüística y la literatura los caracteres de auténtica revolución que tiene en el seno de la ciencias humanas. No obstante, debe advertirse que la moderna Poética y la Estilística que nos es familiar sólo tienen puntos tangenciales de contacto” (1976: 11). This work will seek to specify these points, or even better, to clarify the divergences and their effects.

dispute between explanation and analysis on the one hand, and comprehension and synthesis on the other. With a generous and illuminating use of the famous Lacanian triad, Pardo maintains that between the real, to which the hard sciences aspire, and the imaginary, which is the subject of the discipline of understanding, structuralism came to institute precisely the field of the symbolic:

Tanto las hipótesis empiristas y atomista como el contra-argumento fenomenológico-hermenéutico se avienen al reparto [...] entre un saber que se ocupa de la comprensión y del sentido (en el vocabulario estructuralista, de lo imaginario), efectivamente irreductible a la realidad material, [...] y otro saber que se ocupa de lo real [...]. El terreno de las causas (reales) se divorcia así del de los efectos (imaginarios), siendo tan *inexplicable* como *incomprensible* por qué tales causas producen tales efectos. Lo que se convierte en una recomendación para que los físicos se conformen con ocuparse del ruido sin pretender explicar la comprensión o producir el sentido, y los hermeneutas y fenomenólogos se atengan a sus significados dados a la experiencia (“imaginaria”) de la conciencia sin entrar en colisión con los científicos. El Todo imaginario para uno, las partes reales para otros, pero sin pasaje alguno de un escenario al otro. Y éste es [...] el cómodo reparto que el estructuralismo vino a cuestionar al introducir, de la mano de la noción saussureana de *signo*, el territorio de lo *simbólico*, tan irreductible a lo imaginario de los significados fenomenológicos como a lo real de los componentes materiales, tan irreductible al cuerpo o a la materia como al alma o al espíritu. (2001: 27)

Here lies the essence of our point: the theoretical effect of structuralism would then consist of establishing an order equally strange to the material elements—since its minimum components are, as Saussure would say ‘non-existent’, pure opposite realities—and the already-constituted signifieds—since they function at an unconscious level. By not conforming to either of the disputed parts, its results are either reproached for idealism on the one hand or positivism on the other.⁴

As far as our field is concerned, when structuralism was applied to literary studies, the Spanish scene found itself incontestably dominated by idealist perspectives. As a consequence, the criticisms directed against the structuralist trend would mostly come from those who saw it as a reduction of the spirit to pure materialism, accusing it of being a type of resurgence or inheritor of positivism, or, at best, the expression of a technocracy which can neither understand nor resolve anything about “man,” whose essence—which is at stake in literature as in the other arts—can be found in the *misterio* and that irreducibility of the soul elucidated so well by Pardo above. It must also be added that due to stylistics, criticism did not satisfy itself with mere rejection, but specifically took on the appearance of improving assimilation that would end up justifying the version of history with which this article began.

In this way the epistemological controversy, rather than being

NOTES

4 | José Luis Pardo adds to these criticisms two others which he locates in the French sphere: that of anti-humanism, launched from Catholic ranks, and that of anti-historicism from the Marxist camp. He signals penetratingly, “Si reparamos en lo mucho que estas dos objeciones se parecen a las que el propio Sartre (en un célebre ‘El existencialismo es un humanismo’) detectó en los años cuarenta como las principales resistencias contra el existencialismo [...] quizás lleguemos a la conclusión de que la polémica suscitada por este tipo de acusaciones u objeciones no dice gran cosa acerca del estructuralismo (o del existencialismo), sino que más bien revela que —al menos desde los años cuarenta hasta los sesenta del siglo XX— el ‘campo ideológico’ o ‘cultural’ estaba *guardado* y vigilado por el marxismo y el cristianismo, y que cualquier ‘corriente’ que aspirase a habitar en él tenía que aceptar su paso por esas objeciones como una suerte de bautismo o de rito de iniciación que legitimaba su presencia como vigencia cultural” (2001: 30-31, n. 16).

confronted, was avoided and, in fact, in pre-democratic Spain it was never formulated to its full extent. Below, we will look over its most important moments.

1. The roots of misunderstanding: the Saussure of Dámaso Alonso

Dámaso Alonso's book *Poesía Española, ensayo de métodos y límites estilísticos* (1950) is important in several ways. One of these is that it is one of the few texts of the Spanish school of stylistics which offers a theoretical guide and methodology for its fundamental precepts. The link with structuralist thinking is made evident because it is referred to in order to indicate distances which, apart from rhetorical reservations, are proposed strictly as improvements. The favourite target of Alonso here is Saussure and his theory on the arbitrariness of the sign, which he considers in its consequences as "tan aséptica como plana, pobre" (1950: 22). In order to give it some prominence, and without fear of ambiguity, Alonso recuperates the terminology of the *Cours*, the binary *signifier-signified*, but radically transforms its meaning. "Significante," he declares "es, para nosotros, lo mismo a) (el sonido (físico), que b) su imagen acústica (psíquica)" (1950:21). Which is to say that there is no real reason to use this word. Nevertheless, Alonso does so,—insists on it, in fact—erasing the distinctions it was fruit of in order to return it to its state prior to Saussure's conceptualisation, a pre-critical state, it might be said, at the same time as putting it incorrectly into circulation.

Saussure's determination to distinguish between the resonant aspect of the sign and the perception of it as an acoustic image was fundamentally directed towards escaping the empiricist confusion that considered the signifier as merely a sound, with the unsystematisable infinity of its possible realisations; in other words, he sought to shift the great dichotomy *langue/parole* to the restricted sphere of the signs. In treating effective linguistic productions, literary works, Alonso proposes instead to elaborate a type of linguistics of speech—of literary speech, in this case—although without formulating this explicitly. This is why the idea of signifier as potentiality seems narrow to him, since in his criticism he claims to account for signifieds which, in his opinion, are already accomplished: literary works. The same occurs with the signified reduced to a concept. Alonso tests certain pragmatic avenues—certainly pioneering—asserting the existence of partial signifiers and signifieds under the general slogan that everything signifies (the sign, of course, but also the intonation with which it is pronounced, and the speed or accentuation). However, in the examples he gives to illustrate his point he is lacking one fundamental element in the process of signification: ambiguity. Every

single one of the communicative situations that Alonso conceives of in order to illustrate his point has a univocal signifier, recoverable either through the features of accent or those of rhythm, thanks to extralinguistic elements such as the context.⁵ This welding of meaning is without doubt a major distinguishing mark of the methods adopted by stylistics researchers and their disciples in their work. For, as conceived of by stylistics, literature is a message with a guarantee of meaning.⁶ These guarantees are implicitly collected in the many and repeating allusions to the “spirit” and “mystery” of poetry, as ultimate limits to the possibilities of knowledge. Effectively—and Alonso explains it like this—there is an unknowable remainder to which the progress of literary science can only aspire asymptotically. However, unlike the other epistemological options such as those of structuralism itself, this remnant is not an empty box in the game of signifiers, a decentred, hollow core which is a pure condition of possibility without content; it is a hidden, solid nucleus, a totality which ultimately guarantees, even if tendentiously, the ‘correct’ interpretation of a work. This is the “unity of spirit” which Croce took from Hegel, and which Alonso inherits as an aftereffect of romantic metaphysics. “La realidad es unidad espiritual” writes Croce: “En la unidad espiritual nada se pierde. Todo es en ella eternal posesión”. Here we can see the reach and limit of his declared anti-historicism. He could then say:

En efecto, la crítica verdadera y completa es la narración histórica de lo que ha sucedido, y la historia es la única y verdadera crítica que puede ejercitarse sobre los hechos de la Humanidad, que no pueden ser no-hechos, porque se han realizado, y que se domina con el espíritu desde que se les comprende. Y como la crítica de arte no se puede hurtar ni separar de las demás críticas, así tampoco la historia del arte, por razones de preferencia literaria, puede escindirse de la historia compleja de la civilización humana, dentro de la cual recibe el movimiento histórico, que es del espíritu todo, y nunca de una forma del espíritu unida a las demás. (Croce, 1985: 109)

That is to say, history, true history, is one, and coincides with the spirit, a metaphysical guarantee which then permits any rhetorical game between the universal and the individual, but also between the factual and the “mysterious”, the arbitrary and the deliberate, between matter and spirit according to the classical dichotomy: “Lo verdaderamente universal es lo universal individuado, [...] lo sólo verdadero *effabile* es lo llamado *ineffabile*, lo concreto y lo individual” (1985: 89). And in this sense, it can be said that Alonso is fundamentally Crocian, and the influence of Croce can often be found in later critical works, both his own and those of his direct and indirect disciples. Beneath this idealist predominance, the “Saussurism” to which Alonso appeals becomes at the least a source of confusion. Firstly, and most importantly, because it breaks up the unity of language according to how the Genevan conceives it, into normal language

NOTES

5 | “La tristeza de mi amigo bien expresada en la lentitud y en las pausas de su elocución”, Alonso writes for example (1957:28). But, who determines the criteria of this “kindness”? Description and prescription are confused in stylistics more often than it might appear. On the other hand, nothing indicates that this slowness and these pauses have emerged from the differential context in which it would be fitting to consider them under Saussure and which makes them, in effect, signifiers.

6 | This argument had already been made by Lázaro Carreter in examining another characteristic of the stylistic method: the localisation of “las formas idiomáticas más características” as an objective of criticism: “¿Cómo realizar esta selección, por qué procedimiento cribarlas y extraerlas de las no características? Sin duda, por la impresión del crítico. Con lo cual, se produce un movimiento circular: esa impresión [...] lleva a elegir y señalar como característicos ciertos rasgos del lenguaje; y estos, en camino de vuelta, acuden a confirmar la impresión que los ha seleccionado” (1976: 52).

on the one hand and poetic language on the other. This dichotomy, in short, at times reproduces and at others contains the entire two-part structure in which the expressive theory of stylistics is situated: communication/expression; body/spirit and, ultimately, depending on the political humanist project to which it subscribes: human/inhuman. All of these themes reappear in the pages which follow, articulated in different ways according to the perspective of each of the modernising projects—that of Bobes Naves and that of García Berrio. We will finish, for the moment, with a Saussurian reference by Alonso which is somewhat less popular than those most often quoted from *Poesía Española*, but which is probably more clarifying. The master stylist writes in *Cuatro poetas españoles*:

Adaptando al análisis literario el sistema de análisis lingüístico de Saussure a ese mensaje que el poeta quiere transmitir lo he llamado “significado”.

Pero nada se ha obtenido, nada es posible, si al poeta le faltan los medios de transmisión. La transmisión del mensaje poético se logra por la palabra. A la palabra poética (adaptando el mismo sistema) la he llamado “significante”. El poema no está conseguido si no hay adecuación entre el significante y el significado.

[Joan] Maragall se ha expresado sobre esto en términos que con otra nomenclatura se aproximan mucho a los míos. Léase su *Elogio de la Palabra*. (Alonso, 1962: 106-107)

In Maragall's *Elogi*, we see many things, of course, but not the emergence of a symbolic instant which comes from the appositional and non-essential consideration of its constituent parts. More than this, the very motivation of *Elogi* ultimately places us in the territory of the unspeakable, the mysterious, the miraculous. “Doncs jo crec que la paraula és la cosa més meravellosa d'aquest món perquè en ella s'abracen i's confonen tota la meravella corporal i tota la meravella spiritual de la nostra naturalesa” (1955:19), writes the poet. In short, it is necessary to consider to what point understanding Saussure within the terms and conceptualisations provided by Maragall in the *Elogi* is largely equivalent to not knowing him.

2. La semiótica como teoría lingüística (1973) by María del Carmen Bobes Naves: a continuist attempt

La semiótica como teoría lingüística, published in 1973 as a revision of a book first written in 1965, is perhaps the most explicit attempt to adapt theoretical renewal to the presuppositions of stylistics. With the express desire of bringing Spanish literary theory up to date, Bobes Naves devotes time to extended considerations of what is meant by semiotics and the relations this general science of the

sign, as it is commonly called, would have with linguistics. This effort, however, is made while maintaining a series of basic unquestioned principles which are unconnected to the movements they seek to examine and propagate. One of these is the definition of language as a human creation. This formulation, repeated with variations throughout the entire book,⁷ contradicts one of the basic axioms of structuralist thought, according to which such a definition should in reality be reversed, considering the “human” in its widest sense, if not as a product, at least as a result of language, and not the opposite. Structuralism, from the time of its Saussurean prehistory and explicitly since Lévi-Strauss, does not consider the possibility of a pre-linguistic humanity and thus removes this question at the origin, considering it a pseudo-problem. In contrast, the perspective of Bobes Naves is indebted to romantic linguistics at one extreme and the positivist myth of unlimited progress at the other. For Bobes Naves, language is effectively a dynamic, changing structure, but with a progressive sense in its development, which, going back in time, would lead to a type of *Ursprache*, a primary creation of “man” out of the acute need to communicate or express himself, and which would gradually become richer and more complex, constituting itself in this way as an inheritance that society gives to itself, and whose value would depend on the level of development which each particular society has reached. It is almost unnecessary to note that this is precisely what Lévi-Strauss refuted at the end of *La Pensée sauvage* in his polemic with Sartre.⁸

Speaking in terms of “creation” to refer to language emerges almost inevitably from an individualist-intentional perspective, since, even when one concedes the possibility of collective creation, it is usually at the price of attributing to the said collective the features of an intentional subject. This seriously compromises the possibility of treating cultural phenomena in a structuralist mode, or in other words, of dealing with the symbolic organisation of their manifestations without the need to establish them metaphysically in an intention, in a unique and creative act. Consequently, Bobes Naves dismisses the possibility of a semiotics which postulates itself as a general theory of culture, claiming that such pretensions have not been verified and that, in a wider manner, studies about systems of non-linguistic signs end up reducing their objects to the forms of natural language. In this way, the ambiguous state of language is confirmed, being at the same time a cultural creation among others (law, painting, religion) and the unavoidable explanatory matrix of them all. Perhaps Bobes Naves does not realise this ambiguity; however, she makes great use of it to reduce the sphere of the semiotic to the linguistic, and even more so, to communicational linguistics. From her intentional and archetypically stylistic conception, language possesses two primary functions: communication and expression, which are, we might say, the two human necessities that would have led to its creation.

NOTES

7 | “A medida que la civilización avanza en el dominio y en el conocimiento del mundo natural, se enriquece el lenguaje objetivamente y se amplían las posibilidades expresivas del hombre. Las generaciones que sucesivamente usufructúan un sistema de lengua, se benefician de los incrementos que experimenta en el tiempo. La lengua se constituye en patrimonio de la sociedad y de los individuos, que reciben a través de ella una cultura determinada y en un nivel determinado” (Bobes Naves 1973: 36). This perspective has its correlation in the dichotomy material/spirit which, as in the case of Dámaso Alonso, contact with structuralism has not managed to upset. “Las creaciones humanas como cultura objetivada, tienen dos componentes reales que podemos denominar, en forma general, materia y espíritu. [...] La lengua descubre así los dos elementos señalados como formantes de todo objeto cultural: una parte de materia, y un contenido de valor, añadido por el hombre intencionalmente” (Bobes Naves, 1973: 37-38). This point will be further developed later on.

8 | The survival of the Sartrian moral subject in Bobes Naves’ discourse can be identified in phrases such as the following: “La naturaleza de las cosas creadas por el hombre participa de la nota fundamental en la naturaleza humana: la libertad” (1973: 63).

This natural “dual purpose” has its unquestionable reflection in the division of studies about language: linguistic for communication and stylistics for expression. Here again we have the problem of the distribution of knowledge in the emerging light of the symbolic. Evidently, from this dichotomous point of view, (structural) semiotics implies a disturbance in the “natural” order of things. Hence, the long introduction which opens Naves’ volume—and occupies a third of it—can be interpreted as an effort to respond to this questioning and even resolve it, to return things to the point at which they had been left by Dámaso’s Saussurean closure. The first move that Bobes Naves makes in this direction is to offer a partial definition of semiotics, which she identifies almost exclusively with analytical philosophy:

La finalidad de los análisis semióticos se orientó, al menos en sus autores primeros, a fijar las leyes que siguen los sistemas de signos en sus modos de significar para aplicarlos a la lengua y conseguir así un sistema estable de signos, apto para la expresión científica. (1973: 14)

From here on, there follows a long discussion about the possibilities of the scientific nature of linguistics which finishes with the following distribution of scientific work:

La lingüística aborda el estudio de la lengua con método funcional [...], y es, por ello, ciencia de la cultura. La estilística está, en cuanto a método se refiere, en el mismo nivel de la ciencia, si bien altera un tanto los cauces del método funcional al valorar previamente la forma de lenguaje que analizará. Mientras la lingüística se enfrenta con cualquier manifestación de la lengua, aunque se limite en cada caso a un aspecto de ella, la estilística valora inicialmente el lenguaje considerado literario. [...] La semiótica utiliza hasta un determinado momento el método funcional —mientras analiza los lenguajes naturales—, pero parte también de una previa valoración que le lleva a seleccionar o calificar de adecuados o inadecuados unos usos frente a otros, en razón del criterio de exactitud. (1973: 67)

This is how language is shared out: linguistics, a functional and general science, occupies itself with system, wherein lies the structuralist part of Bobes Naves’ focus; meanwhile, stylistics occupies itself with language in its expressive function and, therefore, in its individual dimension. Later, she says,

La estilística analiza el lenguaje ya configurado en una obra literaria, que tiene un indudable valor social, pero no le interesa tanto esta dimensión como los indicios que lo convierten en algo individuante, en la lengua específica de un autor. Los términos “estilo”, “idiolecto” coinciden en su referencia a un sujeto único. (1973: 69)

In Saussurean terms, the stylistics proposed by Bobes Naves, as happens in the case of Dámaso, would be something similar to the linguistics of literary speech; but it would be a speech without language, without a system beyond language where the social

dimension “no le interesa tanto.” If we disregard the connotations of excuse attached to this mitigation, we can see that what Bobes Naves proposes is a return to humanist perspectives which seek to preserve the unity of the cultural construct “man” as an individual who is fundamentally asocial or at least anterior to all socialisation.

The intentional perspective, in addition to the expressive consideration of literature, leads finally to a reduction in the role of criticism to that of an idealist hermeneutics which considers the meaning of the text as an emanation of the intention of the author, which the critic, thanks to a privileged sensibility, can access, if not fully, at least to an approximation whose limit tends to zero and which therefore gives truth value to her work. In this point, the mark of Dámaso Alonso is unquestionable. With these criteria a hierarchy of the purity of genres can be established as done by classical rhetoric, its pinnacle obviously occupied by poetry, which Bobes Naves defines in the following terms:

En el lenguaje literario, la lírica busca [...] los casos de expresividad: las palabras, las expresiones sugieren más que comunican y tratan de crear en el lector un estado emocional semejante al del autor. (1973:195)

In this way, all possibility is once more closed off from considering literature as a symbolic event whose reality is exhausted neither in its institutional manifest existence nor in the scrutiny of the intentions of its authors. And once more, this originates from a misunderstanding, a change in the definition and concepts of the new disciplines that are being tested abroad, reducing them to the field of what is locally known and discrediting them, in the end, as something they are not.

3. *Significado actual del formalism ruso (1973) by Antonio García Berrio: a rupturist attempt*

As we have seen, Bobes Naves situates her argument in a continuous line that seeks to alleviate the ruptures which might be occasioned by her methodological renewal, being careful not to alter the traditionally maintained division of knowledge in matters of language and literature. In addition, Bobes Naves manages to avoid all contamination or linkage of scientific modernisation with political objectives to remodel the university institutions. García Berrio, in contrast, expresses very explicitly the desire to reform and modernise the Spanish academic field with all the complexity this entails, beyond a mere notional updating. We will reproduce in its entirety a paragraph from the prologue he inserts at the beginning his study, as we consider it an exemplary illustration of the situation faced by a new generation of academics approaching courses which were often immersed in routine:

Quizás mi condición de profesor de la disciplina que en nuestro país se explica bajo la denominación de Gramática General y Crítica Literaria⁹ sea algo positivamente revelador para el lector y le ayude a formarse una idea exacta, desde el principio, de mi propósito al escribir este libro, y de lo que éste pretende aportarle. [...] Ante todo debo aclarar que, al escribir el libro, he tenido siempre en cuenta la experiencia resultante de mi condición de profesor [...]. He procurado, pues, escribir una obra que sirva en la coyuntura actual científica y social de los universitarios españoles. Los que a diario veo en mis clases y en mi seminario, estudiantes y jóvenes graduados. A todos los jóvenes lingüistas y críticos que quieran saber, se les ofrece esta obra, que a mis colegas profesores pocas novedades y aciertos puede brindarles. Salvedad ésta, por cierto, que hoy en nuestro país, desgraciadamente, es preciso extender, en ocasiones con mucha más razón, a un buen número de esforzados profesionales de la especulación humanística, a los que el tradicional anquilosamiento casi general de nuestros centros universitarios mantiene alejados de la docencia, ya sea por expresas o tácitas interdicciones, ya -lo que de modo alarmante va siendo caso más general- porque la ubicación universitaria, integrada, no les ofrece alicientes ni garantías científicas que compensen los sacrificios del laborioso proceso administrativo de integración. Unos y otros, los de afuera y los de adentro de España, conocen de sobra las dificultades inherentes a un proceso autónomo de despliegue cultural realmente actual sin contar con la propulsión de las estructuras sociales y científicas oficiales. [...] Consecuentemente con el posible público y sus circunstancias, he juzgado oportuno enriquecer el libro en todo momento con la transcripción de numerosas citas, en ocasiones bastante extensas, así como abundantes referencias bibliográficas que permitan poner en directo textos fundamentales al alcance de lectores con mucha frecuencia aislados y en medios de difícil acceso a bibliotecas de la especialidad bien abastecidas. (1973: 7-9)

NOTES

9 | These professorships were instituted in 1948 under the impetus of Rafael Balbín Lucas. “La vinculación de la “Gramática general” y la “Crítica literaria” en los programas oficiales”, says Garrido Gallardo (1978-80: 346) in the obituary dedicated by this key figure of the fascist university, “dejará una huella perdurable, sean cuales fueran los avatares que sigan los planes de estudio”.

The length of the quotation, as we anticipated, is justified by the exceptionalism of the testimony: it recognises, with appropriate reservations, the precariousness of a university institution “anquilosada” which banishes, either through activity or omission, its most restless elements, as well as the general lack of material means and institutional supports for higher education. The beginning, in short, promises something different than the vacuous glorification of the national element in universal science—the hackneyed “esto nosotros ya lo sabíamos” which Lázaro Carreter (1976: 124) dates back to the polemic with French realism as a sad tendency of Spanish criticism and which we have already seen several times in these pages—and without doubt, this unusual point of departure has sociological roots. Some years ago, José-Carlos Mainer described them in brief, evocative terms.

A fines de los sesenta, se hablaba mucho de sociología literaria y de estructuralismo. Por debajo de aquellos nuevos horizontes epistemológicos, bullía una tectónica histórica que hoy empezamos a entender con más claridad: la fuerte ideologización izquierdista que acompañó todo el decenio y la presencia de una nueva promoción de profesores que se preguntaba por su función en una sociedad en acusado (y desordenado) crecimiento. (Mainer, 2003: 93)

García Berrio, as he himself admits, found himself immersed in this rift, in which the non-tenured professors played no minor part. The book must be read in this context in order to understand the double axis upon which it is articulated: theoretical modernisation and political compromise. Both aspects are mutually conditioned, even in the very title of the work. *Significado actual del formalismo ruso* explicitly interrogates the possibilities of a literary criticism, which as well as being scientific, guarantees and offers a moral response to the acute political situation in Spain and in the world. The question, for García Berrio, is to rehabilitate the merits of formalism, disputing the hegemony of the “*contenidista*” or stylistic focus as the only safeguard of the human in art. This and nothing more should be its “current significance.” The common unquestioned base would then be humanism, and it is from this perspective that an attempt is made to place the structuralism which was at that time dominant in the international scene as an inheritor of formalism:

Por encima del epidérmico fenómeno, pero partiendo de la incuestionable y única realidad, de dato, del ámbito fenomenológico, el llamado “estructuralismo” busca con sus corrientes más maduras y actuales establecer del modo más concreto y profundo posible la fisonomía exacta de la condición humana. (García Berrio, 1973: 226)

This subject necessitates a detailed examination. The question of the presence of humanism in structuralist hypotheses is controversial. Derrida, as is known, discusses it in exemplary fashion in relation to Lévi-Strauss in *De la grammatologie*. Althusser, who could have added so much, hardly receives a mention in García Berrio’s book. Anyway, structuralism historically had to contend more usually with the opposite accusation, that of anti-humanism. García Berrio’s position could then be interpreted as a defensive strategy which permitted him to debate stylistics as the principal movement of the “antiquated academy” which he seeks to both modernise and democratise, contesting its main endowment: man.

This perspective, however, is only reformist in the specific context of Spain, whose political circumstances leave little space for such frivolities as the “death of the author”. Berrio will even dedicate some space to the rehabilitation of Ortega’s elitism in *La deshumanización del arte*. The critical dialogue in Spain, came, in the end, with a certain amount of delay. On the other hand, and this is what matters, the humanist compromise acted like a kind of glass ceiling, fostering a partial reception of structuralism, to say the least, and promoting a debate with stylistics that would unsettle less than was apparent its deepest epistemological fundamentals.

In any case, the debate takes place. García Berro is perfectly clear on this point, and although his analysis occasionally encourages

the well-known identity among the “three immanentisms” (stylistics, formalism and *new criticism*), it proposes a different order, and, especially, extricates stylistics from its place as an umbrella term, the alpha and omega of literary criticism. Note what he says in a footnote:

No nos parece ni tranquilizador ni agradable el que nuestra opinión sobre los formalismos todos, incluida la estilística – como parcela metodológico-crítica importante, pero no única de la ciencia de la literatura–, contraste con el parecer de admirados maestros españoles, después difundido e imperdonablemente deformado y caricaturizado por torpes sedicentes epígonos. La identificación, sin distinguos, de estilística y ciencia literaria como totalidades fue, según creemos, en el caso de algunas mentes realmente próceres, fenómeno episódico, fruto incluso de circunstancias históricas, en definitiva sometido a la extremosidad de cualquier polémica intelectual, y en suma perfectamente defendible desde esas mismas circunstancias. Nada más; en los demás casos nos parece o un mero juego con meras palabras innecesarias, o un craso error. (1973: 72, n. 20)

García Berrio maintains the polemic tone throughout the book with particularly strong instances. His proposal is clearly to contrast Russian formalism, its anti-psychologism, the caution of its assertions, its accumulative systematicity, to fundamentally idealist stylistics. At the same time, he always maintains common ground with humanism:

Lo que las meticulosas disecciones de los formalistas sobre las obras de arte, obras humanas en definitiva, nos proporcionan de real e incuestionable conocimiento de mecánicas del comportamiento humanas y sociales, tiene quizás más valor, en su mismo silencio, que las expresas evocaciones, con menos peso analítico, de los reinos insondables y, por ende, poco comprometedores de las ideas directamente inefables. (1973: 81)

It is true that in his polemic approach García Berrio does not always refine the concepts he treats. His desire to offer as wide a panorama of contemporary theory as possible forces him at times to be brief, to equate positions which should be nuanced rather than conflated, and to risk ambiguity,¹⁰ but it is no less true that, beyond this, he is capable of locating with great pertinence the problematic nuclei of the controversies he addresses. Thus, for example, in treating the relationship between linguistics and literary criticism in the frame of a possible definition—or dismantling—of “poetic language”, García Berrio compares the situation experienced in France with that of Spain and concludes with the following:

En España, con una gloriosa historia de colaboración lingüístico-crítica fundada en los moldes de la estilística y la lingüística diacrónica, con nombres tan significativos como los de Dámaso y Amado Alonso, Menéndez Pidal y Rafael Lapesa, el espíritu de colaboración no aparece planteado de modo tan problemático [como en Francia]. Y ello se debe, quizás, a que el modelo de descripción lingüística que

NOTES

10 | Let us take, for example, his narrow list of authors favourable to a conception of poetic language as a deviation from the norm, “Los teóricos del Círculo de Praga ya aludidos [...], llegaron a informar serias formulaciones de base rigurosamente lingüística-estructural, como la de Pierre Guiraud o Knud Togeby en Europa, y las de Samuel R. Levin o Roger Fowler en América; pasando por análogas opiniones sustentadas en campos críticos menos específicamente lingüístico-estructurales, como Walter Benjamin o Max Bense” (García Berrio, 1973: 119-120).

perdura preponderantemente sea el idealista-estilístico, que no plantea demasiados problemas de adaptación. (1973: 108)

These terms, however, will not be further developed in García Berrio's volume, which bases the polemic against stylistics in its scientificist confidence in a discourse which could overcome the vagueness of the academic rhetoric which was then in vogue. He correctly locates the heart of the problem in a conception of language whose roots are to be found in idealism and, at times, appears to establish clearly its differences with this position:

Hemos tenido ocasión de examinar el principio de la textualidad del hecho literario en los formalistas rusos y sus secuelas inmediatas, la dinamización de los elementos poéticos, su desautomatización, y la condición radical de pluralidad de la palabra poética. Conceptos básicos, jamás formulados como tales por ninguna escuela crítica o pensador aislado, y que constituyen la base, como hemos mostrado, de las más importantes explicaciones actuales de la esencia poética. (1973: 160)

In a circuitous manner García Berrio firmly proposes the irreducibility of formalism to stylistics and locates the heart of this very irreducibility in what was once the particular preserve of the stylisticians: the essence of poetry. However, this formulation should put us in a state of alert. Even when the allusions made by García Berrio to formalism can be extended and identified, in his own words, to structuralism, in as much as this name encompasses "la general renovación metodológica" instigated by the former, the truth is that he never proposes to abjure entirely the strong humanist paradigm in which "man" continues to be an unquestioned centre and bearer of meaning.

At the level of linguistic theory this perspective implies remaining within the limits of the classical dichotomy, communication/expression, although what it now fights to express is a general human nature. For this reason, García Berrio dedicates so much space in his work to the problematic of poetic language in order to conclude that the key, and indeed main, contribution of formalism that should be recovered can be found in "la dinamización rítmica y las distorsiones de la sintaxis lógico-comunicativa merced a las exigencias rítmicas" (1973: 198). This is no more than a variation, with new jargon, of the opposition between language (communication) and poetry (expression) according to how a stylistician of such indisputable importance as Carlos Bousoño might formulate it:

Mezclamos *lengua* y *poesía* en nuestra cotidiana conversación; no debemos realizar esa mezcla en el poema. Precisamente la causa de que un poema no esté conseguido del todo se debe a la presencia de elementos de lengua dentro de él. El poema debe ser por entero una sustitución: un sustituyente. (Bousoño, 1952: 55)

This subject has its complexities because the quotation above was taken from the polemical volume in which Bousoño programmatically adopts the slogan of Aleixandre “poesía es comunicación”. Of course, there are historical reasons¹¹ that explain how a critic so closely associated with Dámaso Alonso could reach such a formulation, which is, in principal, diametrically opposed to the more foreseeable “poesía es expresión” and which, in short, appears to be what he advocates in the quoted paragraph. The theoretical explanation, however, brings a more general light to the question and we must be able to see how all these positions resonate in the work of García Berrio. The key lies in understanding that the concept of expression presupposes the existence of a concrete message in that which has gone before, a guarantee of meaning, which expression simply recovers with individualising features. At most, as we have seen in the case of Dámaso Alonso, this guarantee becomes tendentious, “mysterious,” but no less present and sanctioning.

In the opposite corner, it is useful to recall Gil de Biedma’s reply:

Lo comunicado es, ante todo, el signo afectivo que la realidad del poema confiere a las experiencias que lo integran, y que desprendidas de él carecerían de sentido [...]. Si es el poema en curso quien orienta y conforma la emoción, si ésta no es origen sino consecuencia que existe sólo en función de él, y que no puede existir sin él, ¿no será el poema quien despierta esa emoción y pone al poeta, consciente o inconscientemente, en comunicación con ella? (cited in Ramos, 2008: 15)

There is no point in making Gil de Biedma a structuralist *sui generis*, because his explicit source of theory is Eliot, but it is worth paying attention to the change of direction his arguments imply regarding the stylistics position: The meaning, he says, emanates from the sign and not from any other place, and since the sign is a purely negative differential entity, it is not guaranteed to be anything more than an event, like the simultaneously full and evasive presence of what it provides, what it insists on providing, in its recursive reality as sign. There is no outside of the language which justifies it, and consequently, there is no “man” outside language. Once more, the linguistic presuppositions are echoed in the burning issue of humanism. Gil de Biedma writes:

El fallo de toda doctrina de la poesía como transmisión reside en olvidar que el poeta trabaja la mayor parte de las veces sobre emociones posibles y que las suyas propias sólo entran en el poema (tras un proceso de *despersonalización* más o menos acabado) como emociones contempladas, no como emociones sentidas. (14-15, *our emphasis*)

On the other hand, it is not necessary to underestimate the identification—or assimilating reduction, if you prefer—between structuralism and stylistics current at that time in order to understand

NOTES

11 | This, for example, is how Jose Ángel Valente clarified it, although without referring to the critical fortunes of the formulation: “En los años cincuenta el medio literario era muy primitivo. Se estaba asistiendo a la irrupción de la poesía social, y algunos poetas mayores, los de la Generación del 27, advirtieron la influencia del estado de la poesía en esos tiempos y se asustaron. Creían que iban a perder pie en lo que estaba sucediendo y entonces se hicieron más papistas que el Papa y quisieron reabsorber la postura de la gente joven (que estaba recibiendo influencias muy politizadas, sobre todo ideológicas). Como consecuencia, nace de ellos, y en particular de Vicente Aleixandre, la fórmula primaria de ‘Poesía es comunicación’”(cited in Ramos, 2008: 11).

that those who most lucidly proclaim their opposition to the latter, dismiss or do not pay attention to the possible arguments they might have been able to extricate from the former. In any case, the result is that by proposing a guaranteed meaning, prior to language itself and a guarantor of the human,¹² stylistics is able to oscillate so widely between the two extremes in Bousoño, between communication and expression, its foundational opposition in appearances only.

In the same way, by remaining within the territory of humanism, García Berrio gives way first to those apparent dichotomies than to the epistemological potential of this third order of the symbolic which is instituted with structuralism. Thus, despite welcoming with open arms the list of new critics who would gnaw away at the theoretical bone until it was reduced to splinters (Lévi-Strauss, Barthes, Foucault, Kristeva, Genette, Greimas are mentioned in various occasions) the Albacetan critic prefers to conclude his work by presenting himself as a moderator of the much feared “theoretical excesses” in the name of the man of stylistics, permanently threatened by degenerating contamination, and who structuralism, in brief, does not dissolve in Spain’s reactive earth.

Resulta obligación ineludible de los historiadores de las ideas literarias aceptar y prevenir los riesgos que los movimientos de que se ocupan pueden proyectar sobre la realidad artística contemporánea. En nuestro caso, el formalismo, que no puede ser olvidado lícitamente en modo alguno como cantera de enseñanzas histórico-técnicas aún no agotada, constituye por contraposición, en especial con su repentino descubrimiento tardío en Occidente, uno de los indiscutibles sustentos intelectuales, precursores del estricto estructuralismo, en que podría asentarse una modalidad de degeneración artística que comienza a insinuarse insistentemente en los últimos años. (García Berrio, 1973: 423)

Thus, García Berrio maintains positions which are scientifically and politically different to those of Bobes Naves, and discusses the priority and role of stylistics in the orbit of literary criticism. However, the deaf hegemony of this tendency, the comforts of its common sense, and the impossibility of breaking the territory of the polemic within the academic ambit—a feature exacerbated in Spain, but not exclusively a phenomenon of this country (recall the late and problematic institutional insertion of a large part of the French structuralist critics)—ended the rupturing intention of the Albacetan critic midway. In particular, it rendered him insensitive to the terms in which the debate was framed in other places—the already-mentioned neglect of Althusser in his book, for example, or the scant echo in him of the anti-humanist arguments of Barthes, Kristeva, and Derrida.

Bobes Naves and García Berrio are two exemplary cases, or two poles of a field, which, as we have seen, provide fertile ground

NOTES

12 | This needs to be well comprehended, as it is another common misunderstanding: it is not language which defines the “man” of humanism, but his prior reason, a fact which permits the branding of those without reason as inhuman, even though they share the same language. The genocide perpetrated during the Civil War is nothing but a painful example of this fatal humanist current.

for many others. At the beginning of the seventies, when it was already late in other places, the genuinely profound discussion which took place below the fertile umbrella of structuralism—the break with the expressive paradigm of language, the break with the intentional conception of the subject, of the dichotomous division of the sciences and letters etc.—could not happen the same way in Spain in the terrain of literary criticism. It was impeded in the first place by a totalitarian regime of Catholic humanist stamp, which, for obvious ideological reasons, could not have any interest in it; and, in second place, by a critical tendency which knew how to prosper well under this regime, which became hegemonic and which, from what we have seen, would have to ask itself to what point did it did not give expression to this regime. The self-interested versions which we mentioned at the beginning, those which highlight antecedents and moderations, end up concealing, whether they like it or not, the seriousness of this final point.

Works cited

- ALONSO, D. (1950): *Poesía española: ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid: Gredos.
- ALONSO, D. (1962): *Cuatro poetas españoles: Garcilaso, Góngora, Maragall, Antonio Machado*, Madrid: Gredos.
- BOBES NAVES, M. (1973): *La semiótica como teoría literaria*, Madrid: Gredos.
- BOBES NAVES, M. (dir.) (1974): *Crítica semiológica*, Santiago de Compostela: Secretaría de Publicaciones de la Universidad de Santiago.
- BOUSOÑO, C. (1952): *Teoría de la expresión poética*, Madrid: Gredos.
- CROCE, B. (1985): *Breviario de Estética*, Madrid: Espasa-Calpe.
- GARCÍA BERRIO, A. (1973): *Significado actual del formalismo ruso*, Barcelona: Planeta.
- GARRIDO GALLARDO, M.A. (1978-80): "Necrología. Rafael de Balbín", *Revista de Filología Española*, vol. LX, 345-355.
- LÁZARO CARRETER, F. (1976): *Estudios de poética (la obra en sí)*, Barcelona: Crítica.
- MARAGALL, J. (1955): *Obres completes*, Barcelona: Sala Parés Llibreria, vol. XIX.
- MAINER, J.-C. (2003): *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, Barcelona: Crítica.
- PARDO, J. L. (2001): *Estructuralismo y ciencias humanas*, Madrid: Akal.
- PINEDO BUITRAGO S. (2012): "Tradición, aportes y desafíos de la Teoría Literaria en lengua española", *Arbor*, 758, 1197-1205.
- RAMOS, J. (2008): "Madrid Barcelona, ida y vuelta: revisión de una polémica poética de los años cincuenta" in Saz, S. M. (ed.), *Acortando distancias: la diseminación del español en el mundo. Actas del XLIII Congreso Internacional de la Asociación Europea de Profesores de Español*, Madrid: Uned, 10-18.
- RICO, F. (2003): *Los discursos del gusto*, Barcelona: Destino.
- TUSET MAYORAL, V. (2010): "La primera recepción del estructuralismo literario: España, Argentina, México: Apuntes para una investigación", IX Congreso Argentino de Hispanistas, <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1181/ev.1181.pdf>, [11/11/2014].
- TUSET MAYORAL, V. (2013): "El lenguaje y la estilística hispánica. Notas para un estudio de su influjo en la Argentina de los años 50", III Congreso Internacional "Cuestiones Críticas", <http://www.celarg.org/int/arch_public/tuset_mayoral_vicentecc.pdf>, [11/11/2014].

#12

HERÈNCIA ESTILÍSTICA Y VOLUNTAT DE RENOVACIÓ EN LA CRÍTICA LITERÀRIA ESPANYOLA DELS SETANTA. SOBRE DÁMASO ALONSO, CARMEN BOBES NAVES I ANTONIO GARCÍA BERRIO

Vicente Tuset Mayoral

*Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria
Universidad Nacional de Rosario – CONICET*



Resum || Aquest article desenvolupa la hipòtesi segons la qual el predomini de l'estilística va obturar la recepció dels aspectes més fecunds i renovadors del paradigma epistemològic estructuralista. Per a fer-ho, examinem dos moments: en primer lloc, les inicials consideracions de Dámaso Alonso en torn a Saussure, com a fet inaugural d'aquesta recepció condicionada. Després, analitzem dos títols de principis de la dècada dels setanta: *Significado actual del formalismo ruso* (1973), de Antonio García Berrio; y *La semiótica como teoría lingüística* (1973), de María del Carmen Bobes Naves. Persegüim, en aquesta segona part, mostrar fins a quin punt les opinions d'Alonso segueixen condicionant la recepció de l'estructuralisme en un moment clau per a la renovació teòrica de la crítica literària espanyola; i això, a més, per obres de to i perspectives molt diferents, de les quals podem dir que representen pols oposats en un context, el dels últims anys de la dictadura franquista, que va ser de gran agitació en l'àmbit universitari, i en el qual tot sovint les demandes per la dignificació laboral i la democratització de les institucions es van agermanar amb les d'actualització i modernització dels plans d'estudi.

Paraules clau || Estilística | Estructuralisme | Dámaso Alonso | Antonio García Berrio | María del Carmen Bobes Naves

Abstract || This article develops the hypothesis that the prevalence of stylistics in Spanish literary criticism obstructed the reception of the most novel and fertile aspects of the epistemological paradigm of structuralism. We develop this idea by focusing on two moments. The first is Dámaso Alonso's initial considerations about Saussure, which inaugurated the conditioned reception to structuralism. The second is the publication, in the early seventies, of Antonio García Berrio's *Significado actual del formalismo ruso* (1973) and María del Carmen Bobes Naves' *La semiótica como teoría lingüística* (1973). These two works reveal the extent to which Alonso's views continue to influence the reception of structuralism at a key moment in the theoretical renewal of Spanish literary criticism, even when the two books, of very different tone and perspective, marked polar opposites in the agitated Spanish university system of late Francoism, when demands for democratic institutions, labor improvements and curricula modernization all became part of the same struggle.

Keywords || Stylistics | Structuralism | Dámaso Alonso | Antonio García Berrio | María del Carmen Bobes Naves

0. De prioritats i moderacions: sobre una versió de l'estilística espanyola

S'acostuma a considerar que, a Espanya, les innovacions teòriques associades de manera general amb l'estructuralisme i la *nouvelle critique* van tenir una recepció immediata més aviat moderada. La raó, es diu, va ser que molt del que llavors van proposar aquestes tendències es trobava ja implícit en els avenços autòctons de la filologia i, més concretament, en la seva vessant estilística. Fins i tot s'ha afirmat que la crítica espanyola va trobar en aquesta circumstància una mena de salvaguarda contra determinats «excesos teòrics»¹ que haurien embussat altres tradicions. L'estilística, se'ns diu, segons la varen establir exemplarment Amado i Dàmaso Alonso, va desplegar ja un interès científic per les particularitats lingüístiques dels textos literaris. Gràcies a la sòlida formació filològica dels exponents més conspicus d'aquesta tendència, hereus gairebé tots de l'escola pidaliana, la crítica espanyola hauria anticipat en alguns lustres el gir lingüístic que es va imposar, finalment, amb la difusió internacional del paradigma estructuralista². Moderació i anticipació, doncs, resumeixen els beneficis de l'estilística en termes de pur guany, sense contrapartides.

Aquesta és, clar, una versió interessada de la història; respon a un vell joc de poder propi de l'acadèmia espanyola que és —o hauria de ser— molt conegut ja, i per tant no ens hi detindrem massa. El lector podrà advertir fàcilment, per exemple, que entre aquells que amb més tenacitat defensen la influència benèfica de l'estilística s'hi compten diversos membres significats de l'Opus Dei. En un sentit més general, aquest mateix «interès» es manifesta també en el pla retòric. Podem agafar el primer dels seus arguments, la «immoderació» de l'estructuralisme, i observar que aquesta no és una categoria epistemològica, sinó moral, la *hybris* grega, a la qual l'estilística li oposaria, és clar, el seu particular *sophrosine*. Qui jutja així no persegueix precisament les finalitats de la indagació desinteressada, sinó la seva fi, la seva terminació, o al menys busca determinar-li els seus confins reglamentaris: això és teoritzable, això no.

Considerar, finalment, que d'alguna manera l'estilística va anticipar, o fins i tot abastar, les principals aportacions de l'estructuralisme, no pot ser sinó un malentès que ignora, per començar, els fonaments epistemològics radicalment heterogenis de les dues tendències.

La nostra hipòtesi, a la qual hem dedicat ja alguns esforços —vegi's Tuset 2010 i 2013—, proposarà una lectura a contrapèl, segons la qual l'estilística hispànica, abans que contenir o anticipar res, es va convertir en un sostre de cristall teòric que, contra el que pugui

NOTES

1 | La noció que evoca aquest sintagma, de fons anti-intelectual i irracionalista, troba les seves arrels contemporànies molt abans de l'emergència de l'estructuralisme en les corrents vitalistes que van agitar el pensament filosòfic i estètic, no només espanyol sinó occidental, en el trànsit del segle XIX al XX. Cenyint-nos al nostre assumpte, nosaltres prendrem per a il·lustrar-lo un exemple menys marginal del que podria semblar, ja que a més de ser encara recent prové del nucli mateix de la seva difusió: en el volum 758 (novembre-desembre de 2012) de la revista *Arbor*, editada pel Centro Superior de Investigaciones Científicas de España, es reproduïx una entrevista a Miguel Ángel Garrido Gallardo, president de l'Asociación Española de Teoría Literaria (ASETEL). En ella l'entrevistador, Sebastián Pinedo, pregunta: «¿Se puede decir que [Amado Alonso, Dámaso Alonso y Raimundo Lida], con todo, no se precipitaran —como sucedió en otras tradiciones— en el formalismo excesivo, adelantando excesos del estructuralismo y postestructuralismo?» (Pinedo Buitrago, 2012: 1199). Gallardo acaba responnent, rotundament: «Si lo que quiere decir es que la evolución de este último medio siglo de crítica literaria que nació en París (se llamó, por antonomasia, la *Nouvelle Critique*) hace añorar muchas veces los grandes textos de nuestra tradición, de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Américo Castro, Dámaso Alonso, Amado Alonso, Pedro Salinas, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y demás padres fundadores, le digo rotundamente que sí» (2012: 1202).

2 | Sobre aquest punt, una altra entrevista ens ofereix un nou

semblar, va obturar en bona mesura la recepció dels aspectes més productius del nou paradigma estructuralista³.

Indagarem en aquest equívoc en dos moments: en primer lloc, centrant-nos en el seu fet inaugural, les consideracions que Dámaso Alonso aboca sobre Saussure a *Poesía Española* i altres textos afins, i que són, en bona mesura, l'origen d'aquests suposat estructuralisme morigerat, guardó de l'estilística hispànica. En segon lloc, examinarem dos títols publicats a principis de la dècada de 1970: *Significado actual del formalismo ruso* (1973), de Antonio García Berrio; y *La semiótica como teoría lingüística* (1973), de María del Carmen Bobes Naves. Persegüim en aquesta segona part mostrar fins a quin punt les opinions d'Alonso segueixen condicionant la recepció de l'estructuralisme en un moment clau per a la renovació teòrica de la crítica literària espanyola; i això, a més, per obres de to i perspectives molt dissímils, de les quals podem dir que representen pols oposats —ho veurem— en un context, el dels últims anys de la dictadura franquista, que va ser de gran agitació en l'àmbit universitari, i en què sovint les demandes per la dignificació laboral i la democratització de les institucions es van agermanar amb les d'actualització i modernització dels plans d'estudis.

Però per tal d'advertir bé tot això haurem de precisar què entendrem exactament en aquest article per paradigma estructuralista. ¿A què s'oposa, què desconeix exactament l'estilística de l'estructuralisme quan diu contenir-lo, anticipar-lo, rectificar-lo? Dedicarem a la qüestió algunes línies.

Definir l'estructuralisme, se sap, no és una tasca senzilla. Les nòmines amb què se'l tracta de representar —de circumscriure en cert sentit— fluctuen; els seus propis integrants —és a dir, molts d'aquells que hi van formar part— van abjurar del qualificatiu, que mai va arribar a desenganxar-se completament del matís despectiu que va poder tenir en els moments de més forta polèmica. «Escola», «moviment», «moment», fins i tot «enlluernament», són alguns dels termes que s'han assajat per a descriure'l.

El nostre apropament, però, no és històric i, per tant, ens veiem lliures d'haver de cenyir-lo a uns límits més o menys precisos, en un sentit epocal o sociològic. El nostre apropament és teòric i, per tant, pretenem delimitar i fer ús del terme «estructuralisme» en la mesura en què a aquest substantiu s'hi puguin relacionar una sèrie d'efectes teòrics concrets. En aquest sentit, ens recolzarem àmpliament en les conclusions de José Luis Pardo en el seu assaig *Estructuralismo y ciencias humanas*.

Tractarem de resumir-lo amb la major brevetat i sense caure en injustícies flagrants. Segons Pardo, el sorgiment de l'estructuralisme

NOTES

exemple. En aquesta ocasió és Francisco Rico qui, entrevistat per Daniel Fernández rememora: «Yo me formé en la época en la que la novedad era el estructuralismo. Un estructuralismo que todavía no era el francés ni la versión luego tan popularizada que acabó por cuajar en los Estados Unidos. Piense, por ejemplo, que yo estudiaba la gramática y los libros de Hjelmslev en la universidad en los tiempos en los que ni Barthes ni Greimas habían leído a Hjelmslev; ni siquiera sabían quién era. Y, sin embargo, Hjelmslev estaba en la universidad como libro de texto, porque Emilio Alarcos lo había introducido en España, y por entonces era el pan nuestro de cada día» (Rico, 2003: 45).

3 | No estem sols ni som totalment originals en aquest parer: Lázaro Carreter, a la introducció al seu volum *Estudios de Poética*, declarava: «Los españoles e hispanoamericanos, que contamos con una tradicional compatibilidad entre los estudios lingüísticos y los literarios establecida por la escuela de Menéndez Pidal, y que hemos conocido el auge de la Estilística idealista por obra de dos de sus más preclaros maestros, Dámaso Alonso y Amado Alonso, tal vez no estemos en condiciones de atribuir a esta nueva alianza entre la lingüística y la literatura los caracteres de auténtica revolución que tiene en el seno de las ciencias humanas. No obstante, debe advertirse que la moderna Poética y la Estilística que nos es familiar sólo tienen puntos tangenciales de contacto» (1976: 11). A precisar aquests punts, o millor, a aclarar les divergències i els seus efectes, és a què pretenem dedicar aquest treball.

va venir a alterar el repartiment epistemològic que, al menys des de la Il·lustració, dividia el camp del saber entre les ciències exactes, o empírico-matemàtiques, i les que, amb Dilthey, rebien el nom de ciències de l'esperit, és a dir, en paraules de Pardo, les fenomenològic-hermenèutiques. La vella lluita, en definitiva, entre explicació i anàlisi, per una banda, i comprensió i síntesi, per l'altra. Amb un ús balder i a l'hora il·luminador de la famosa triada lacaniana, Pardo sosté que entre allò real, al qual aspiren les ciències exactes, i allò imaginari, que és el tema per a les disciplines de la comprensió, l'estructuralisme va venir a instituir precisament el camp d'allò simbòlic:

Tanto las hipótesis empiristas y atomista como el contra-argumento fenomenológico-hermenéutico se avienen al reparto [...] entre un saber que se ocupa de la comprensión y del sentido (en el vocabulario estructuralista, de lo imaginario), efectivamente irreductible a la realidad material, [...] y otro saber que se ocupa de lo real [...]. El terreno de las causas (reales) se divorcia así del de los efectos (imaginarios), siendo tan *inexplicable* como *incomprensible* por qué tales causas producen tales efectos. Lo que se convierte en una recomendación para que los físicos se conformen con ocuparse del ruido sin pretender explicar la comprensión o producir el sentido, y los hermeneutas y fenomenólogos se atengan a sus significados dados a la experiencia («imaginaria») de la conciencia sin entrar en colisión con los científicos. El Todo imaginario para uno, las partes reales para otros, pero sin pasaje alguno de un escenario al otro. Y éste es [...] el cómodo reparto que el estructuralismo vino a cuestionar al introducir, de la mano de la noción saussureana de *signo*, el territorio de lo *simbólico*, tan irreductible a lo imaginario de los significados fenomenológicos como a lo real de los componentes materiales, tan irreductible al cuerpo o a la materia como al alma o al espíritu. (2001: 27)

Aquí rau el nucli del nostre punt de vista: l'efecte teòric de l'estructuralisme consistiria llavors en establir un ordre estrany per igual al dels elements materials —ja que els seus components mínims són, com diria Saussure, «inexistents», pures realitats opositives— i al dels significats ja constituïts —ja que funcionen en un nivell inconscient. No conformant a cap de les parts en litigi, els seus resultats rebran alternativament el retret de l'idealisme, per una banda, i del positivisme, per l'altra⁴.

Pel que fa al nostre camp, quan va estendre's l'estructuralisme als estudis literaris, el panorama espanyol, com sabem, es trobava incontestablement dominat per perspectives idealistes. En conseqüència, l'ordre de crítiques que es formulen contra la corrent estructuralista s'enquadrarà majoritàriament del cantó dels que el van veure com una reducció de l'esperit a la pura materialitat, tot acusant-lo d'ésser una mena de regust o epígon del positivisme o, en el millor dels casos, expressió d'una tecnocràcia que no pot saber res ni resoldre res sobre l'«home», l'essència del qual —en joc a la literatura com a les altres arts— es localitza en aquest *misteri* i

NOTES

4 | José Luis Pardo suma a aquestes crítiques dues més que verifica en l'àmbit francès: la d'anti-humanisme, abocada des de les files catòliques, i la d'anti-historicisme, des del cantó marxista. Amb perspicàcia, senyala: «Si reparamos en lo mucho que estas dos objeciones se parecen a las que el propio Sartre (en un célebre “El existencialismo es un humanismo”) detectó en los años cuarenta como las principales resistencias contra el existencialismo [...] quizás lleguemos a la conclusión de que la polémica suscitada por este tipo de acusaciones u objeciones no dice gran cosa acerca del estructuralismo (o del existencialismo), sino que más bien revela que —al menos desde los años cuarenta hasta los sesenta del siglo XX— el “campo ideológico” o “cultural” estaba *guardado* y vigilado por el marxismo y el cristianismo, y que cualquier “corriente” que aspirase a habitar en él tenía que aceptar su paso por esas objeciones como una suerte de bautismo o de rito de iniciación que legitimaba su presencia como vigencia cultural» (2001: 30-31, n. 16).

aquesta irreductibilitat de l'ànima al cos tan ben desentranyats per Pardo unes línies més a dalt. Hem d'afegir, a més, que per influència de l'estilística la crítica no es va resoldre en mer rebuig, sinó que molt precisament va prendre l'aspecte d'assimilació superadora que acabaria justificant la versió de la història amb què començàvem el nostre article.

D'aquesta manera, en fi, la controvèrsia epistemològica, més que enfrontar-se, es va eludir i, de fet, a l'Espanya pre-democràtica no va arribar a formular-se mai amb tot el seu abast. Repassarem a continuació alguns dels seus episodis documentals que considerem més importants.

1. Les arrels del malentès: el Saussure de Dámaso Alonso

El llibre de Dámaso Alonso *Poesía Española, ensayo de métodos y límites estilísticos* (1950) xifra la seva importància en diversos motius. No és menor entre aquests el fet que es tracti d'un dels pocs textos de l'Escola Estilística Espanyola en què s'ofereix alguna guia teòrica i metodològica sobre els seus pressupòsits fonamentals.

El lligam amb el pensament estructural es fa així evident ja que se l'al·ludeix per a senyalar distàncies que, reserves teòriques al marge, es proposen estrictament com a superacions. La diana preferida d'Alonso és en aquest sentit Saussure i la seva teoria de l'arbitrarietat del signe, que considera en les seves conseqüències «tan aséptica como plana, pobre» (1950: 22). Per tal de proporcionar-li alguna rellevància, i sense temor a l'amfibologia, Alonso recupera de la terminologia del *Cours* la dupla *significant-significat*, però transforma radicalment el seu sentit: «“Significante”», declara, «es, para nosotros, lo mismo a) el sonido (físico), que b) su imagen acústica (psíquica)» (1950: 21). És a dir que, en rigor, no tindriem perquè fer ús d'aquesta paraula. No obstant, Alonso ho fa, insisteix en ella, de fet, de manera que en esborrar les distincions de què era fruit, la torna a un estadi anterior als esforços conceptuals de Saussure, un estadi pre-crític, per dir-ho així, a l'hora que la posa, equívocament, en circulació.

L'afany de Saussure en distingir entre el costat sonor del signe i la percepció d'aquest com a imatge acústica s'encaminava fonamentalment a deslliurar-se de l'embolic empirista que suposava considerar el significant merament com a so, amb la infinitat no sistematitzable de les seves possibles relacions; és a dir, tractava de traslladar a l'àmbit restringit dels signes la seva dicotomia major *llengua/parla*. Tractant amb produccions lingüístiques efectives, les obres literàries, Alonso es proposa en canvi elaborar una mena

de lingüística de la parla —de la parla literària, en aquest cas—, tot i que sense formular-ho explícitament. Així és com la idea de significant com a virtualitat li resulta estreta, ja que en la seva crítica pretén donar compte de significacions que, en el seu parer, ja estan realitzades: les obres literàries. El mateix li passa amb el significat reduït a concepte. Alonso intentarà certes obertures —certament pioneres— cap a la pragmàtica, adduint l'existència de significants i significats parcials, sota el lema general de que tot significa (el signe, és clar, però també l'entonació amb què es pronuncia, la velocitat o l'accentuació). No obstant, en els exemples que proporciona per a il·lustrar el seu punt de vista es troba a faltar un element fonamental del procés de significació: l'ambigüitat. Totes i cada una de les escenes comunicatives que Alonso concep per a il·lustrar el seu punt de vista tenen un significat unívoc, rescatable ja sigui a través de les particularitats rítmiques o accentuals de l'enunciació, ja sigui gràcies a elements extralingüístics com el context⁵. Aquesta soldadura del sentit és sens dubte una marca major en els modes que adoptarà la investigació estilística en la seva obra i en la dels seus continuadors. Perquè tal i com la concep aquesta estilística, la literatura és un missatge amb garanties de sentit⁶. Aquestes garanties es troben implícitament recollides en les abundants i recurrents al·lusions a l'«esperit» i al «misteri» de la poesia, com a límits últims de les possibilitats de coneixement. Efectivament —i Alonso així ho exposa— hi ha una resta incognoscible, a la qual el progrés de la ciència literària només pot aspirar asimptòticament. Però, a diferència d'altres opcions epistemològiques com les de l'estructuralisme mateix, aquesta resta no és la casella buida en el joc dels significants, centre balmat i descentrat que és pura condició de possibilitat sense contingut; sinó nucli sòlid i velat, una totalitat que en últim terme garanteix, tot i que tendencialment, la interpretació «correcta» d'una obra. És la «unitat en l'esperit» que Croce rescatava de Hegel i que Alonso hereta com a marca de la metafísica romàntica. «La realidad es unidad espiritual», escriu Croce: «En la unidad espiritual nada se pierde. Todo es en ella eterna posesión». I en això es xifra l'abast i el límit del seu declarat anti-historicisme. Es podrà dir, llavors:

En efecto, la crítica verdadera y completa es la narración histórica de lo que ha sucedido, y la historia es la única y verdadera crítica que puede ejercitarse sobre los hechos de la Humanidad, que no pueden ser no-hechos, porque se han realizado, y que se domina con el espíritu desde que se les comprende. Y como la crítica de arte no se puede hurtar ni separar de las demás críticas, así tampoco la historia del arte, por razones de preferencia literaria, puede escindirse de la historia compleja de la civilización humana, dentro de la cual recibe el movimiento histórico, que es del espíritu todo, y nunca de una forma del espíritu unida a las demás. (Croce, 1985: 109)

És a dir, la història, la vertadera història, és una, i coincideix amb

NOTES

5 | «La tristeza de mi amigo está bien expresada en la lentitud y en las pausas de su elocución», escriu per exemple Alonso (1957: 28). Però, qui determina aquest criteri de «bondat»? Descripció i prescripció se confonen en l'estilística més sovint del que podria semblar. Per altra banda, res indica, clar, que aquesta lentitud i aquestes pauses hagin sortit del context diferencial en què cabria pensar-les amb Saussure i que les torna, efectivament, significants.

6 | Aquest argument ja havia estat plantejat per Lázaro Carreter quan examina una altra característica del mètode estilístic: la localització de «las formas idiomáticas más características» com objectiu de la crítica: «¿Cómo realizar esta selección, por qué procedimiento cribarlas y extraerlas de las no características? Sin duda, por la impresión del crítico. Con lo cual, se produce un movimiento circular: esa impresión [...] lleva a elegir y señalar como característicos ciertos rasgos del lenguaje; y estos, en camino de vuelta, acuden a confirmar la impresión que los ha seleccionado» (1976: 52).

l'esperit, garantia metafísica que permet llavors qualsevol joc retòric entre l'universal i l'individual, però també entre allò fàctic i allò «misteriós», allò arbitrari i allò motivat, la matèria i l'esperit segons la dicotomia clàssica: «Lo verdaderamente universal es lo universal individuado, [...] lo sólo verdadero *effabile* es lo llamado *ineffabile*, lo concreto y lo individual» (1985: 89). I en aquest sentit podem dir que Alonso és fonamental croceà, i el pes de Croce el retrobem molt sovint en treballs crítics posteriors, tant seus com dels seus deixebles directes i indirectes. Sota aquest predomini idealista, el «saussurisme» al qual apel·la Alonso resulta com a mínim font de confusió. En primer lloc i principalment perquè desarticula la unitat de la llengua segons la concepció del ginebrí, en llengua comú, per una banda, i llengua poètica, per l'altra. Aquesta dicotomia, en fi, per moments reduplica i per moments conté tota l'estructura bimembre en què s'assenta la teoria expressiva de l'estilística: comunicació/expressió; cos/esperit; i, en última instància, segons correspon al projecte polític humanista al qual s'adscriu: humà/inhumà. Tots aquests temes reapareixeran en les pàgines que segueixen, articulats de diferents maneres segons la perspectiva de cada projecte modernitzador —el de Bobes Naves i el de García Berrio. Acabem, per ara, amb una menció saussureana d'Alonso una mica menys concorreguda que les tan esmentades de *Poesía española*, però probablement més clarificadora. Escriu el mestre estilista a *Cuatro poetas españoles*:

Adaptando al análisis literario el sistema de análisis lingüístico de Saussure a ese mensaje que el poeta quiere transmitir lo he llamado «significado».

Pero nada se ha obtenido, nada es posible, si al poeta le faltan los medios de transmisión. La transmisión del mensaje poético se logra por la palabra. A la palabra poética (adaptando el mismo sistema) la he llamado «significante». El poema no está conseguido si no hay adecuación entre el significante y el significado.

[Joan] Maragall se ha expresado sobre esto en términos que con otra nomenclatura se aproximan mucho a los míos. Léase su *Elogio de la Palabra*. (Alonso, 1962: 106-107)

I a l'*Elogi* de Maragall llegirem moltes coses, sens dubte, però no l'emergència d'una instància simbòlica sorgida de la consideració opositiva i no substancial dels seus constituents. Abans, la motivació mateixa de l'*Elogi* ens ubica en el territori de l'inefable, misteriós i miraculós en últim terme: «Doncs jo crec que la paraula és la cosa més meravellosa d'aquest món, perquè en ella s'abracen i's confonen tota la meravella corporal i tota la meravella espiritual de la nostra naturalesa» (1955: 19), escriu el poeta. Hem de considerar, en fi, fins a quin punt entendre a Saussure en els termes i sota les conceptualitzacions que ens proporciona el Maragall de l'*Elogi* no equival, en bona mesura, a desconèixer-lo.

2. La semiòtica como teoría lingüística (1973) de María del Carmen Bobes Naves: un intent continuista

La semiòtica como teoría lingüística, obra publicada el 1973 i que actualitza un treball anterior de l'autora, escrit el 1965, és potser l'intent més explícit d'ajustar la renovació teòrica als pressupòsits de l'estilística. Amb l'expressa voluntat de posar al dia la ciència literària espanyola, Bobes Naves es deté en llargues consideracions sobre el que podem entendre per semiòtica i sobre les relacions que aquesta ciència general del signe, segons expressió comú, mantindria amb la lingüística. Aquest esforç, no obstant, es realitza sostenint una sèrie de principis bàsics inqüestionats i que són aliens a les tendències que pretenen difondre i examinar. Entre ells, destaca la definició del llenguatge com a creació humana. Aquesta fórmula, repetida amb variants durant tot el llibre⁷, contradiu un dels axiomes bàsics del pensament estructuralista, segons el qual una definició com aquesta en realitat hauria d'invertir-se considerant allò «humà» en el seu sentit més ample, si no com a producte, al menys com a resultat del llenguatge i no al revés. L'estructuralisme, ja des de la seva prehistòria saussureana, i explícitament des de Lévi-Strauss, no considera la possibilitat d'una humanitat pre-lingüística, i evacua d'aquesta manera la pregunta per l'origen, considerant-la un pseudoproblema. La perspectiva de Bobes Naves, en canvi, és deutora de la lingüística romàntica per un extrem i del mite positivista del progrés il·limitat per l'altre. Per a Bobes Naves la llengua és efectivament una estructura dinàmica i canviant, però amb un sentit progressiu en el seu desenvolupament, que remuntant-se en el temps conduiria a una mena de *Ursprache*, creació primera de l'«home» davant l'aguda necessitat sentida de comunicar-se o expressar-se, i que s'aniria enriquint i complexitzant, constituint-se d'aquesta manera en una herència que la societat es dona a sí mateixa, i el valor de la qual dependria del grau de desenvolupament que cada societat determinada hagués atès. Gairebé no cal recordar que tot aquest plantejament és precisament el que Lévi-Strauss refuta al final del seu *Pensament salvatge* en polèmica amb Sartre⁸.

Parlar en termes de «creació» per a referir-nos al llenguatge desemboca a més d'una manera bastant inevitable en una perspectiva individualista-intencional, ja que, fins i tot quan es concedeixi la possibilitat d'una creació col·lectiva, serà generalment al preu d'atribuir-hi els trets d'un subjecte intencional. Amb això es compromet seriosament la possibilitat de tractar fenòmens culturals amplis de manera estructural, és a dir, atenent a l'organització simbòlica de les seves manifestacions sense necessitat de fonamentar-les metafísicament en una intenció, en un acte creatiu i únic. Conseqüentment, Bobes Naves desestima la possibilitat d'una semiòtica que es postuli com a teoria general de la cultura,

NOTES

7 | «A medida que la civilización avanza en el dominio y en el conocimiento del mundo natural, se enriquece el lenguaje objetivamente y se amplían las posibilidades expresivas del hombre. Las generaciones que sucesivamente usufructúan un sistema de lengua, se benefician de los incrementos que experimenta en el tiempo. La lengua se constituye en patrimonio de la sociedad y de los individuos, que reciben a través de ella una cultura determinada y en un nivel determinado» (Bobes Naves 1973: 36). Aquesta perspectiva té com a correlat la dicotomia matèria/esperit que, com en el cas de Dámaso Alonso, el contacte amb l'estructuralisme no ha aconseguit pertorbar: «Las creaciones humanas como cultura objetivada, tienen dos componentes reales que podemos denominar, en forma general, materia y espíritu. [...] La lengua descubre así los dos elementos señalados como formantes de todo objeto cultural: una parte de materia, y un contenido de valor, añadido por el hombre intencionalmente» (Bobes Naves, 1973: 37-38). Insistirem sobre aquest punt més endavant.

8 | La pervivència d'un subjecte moral sartrià en el discurs de Bobes Naves pot identificar-se en frases com la següent: «La naturaleza de las cosas creadas por el hombre participa de la nota fundamental en la naturaleza humana: la libertad» (1973: 63).

adduint que aquestes pretensions no han estat verificades i que, de manera àmplia, els estudis sobre sistemes de signes no lingüístics acaben reduint els seus objectes als motlles del llenguatge natural. Es confirma així l'estatut ambigu del llenguatge, que és a l'hora una creació cultural entre altres (el dret, la pintura, la religió) i la inesquivable matriu explicativa de tots ells. Tal vegada Bobes Naves no adverteixi aquesta ambigüitat; no obstant, treu bon profit argumental d'ella, ja que l'utilitza per a retallar l'àmbit semiòtic al lingüístic i, encara més, al lingüístic comunicacional. Des de la seva concepció intencional, i arquetípicament estilística, la llengua posseeix dues funcions principals: comunicació i expressió, que serien, dèiem, les dues necessitats humanes que haurien portat a la seva creació. Aquest bifuncionalisme «natural» trobaria un reflex incontestable en la divisió dels estudis sobre el llenguatge: lingüística per a la comunicació i estilística per a l'expressió. Trobem aquí, de nou, el problema del repartiment del saber a la llum emergent del simbòlic. Evidentment, des d'aquest punt de vista dicotòmic, la semiòtica (estructural) suposa una pertorbació a l'ordre «natural» de les coses. D'aquí que la llarga introducció amb què Bobes Naves obre el seu volum —i que ocupa un terç del mateix— pugui interpretar-se com a esforç per respondre a aquest qüestionament i fins i tot per liquidar-lo, per tornar les coses al punt en què les havia deixat la clausura saussureana de Dámaso. El primer pas que Bobes Naves fa en aquest sentit és oferir una definició parcial de la semiòtica, a la qual identifica de forma gairebé exclusiva amb la filosofia analítica:

La finalidad de los análisis semióticos se orientó, al menos en sus autores primeros, a fijar las leyes que siguen los sistemas de signos en sus modos de significar para aplicarlos a la lengua y conseguir así un sistema estable de signos, apto para la expresión científica. (1973: 14)

En endavant, segueix una llarga discussió sobre les possibilitats de científicitat de la lingüística que remata amb la següent distribució del treball científic:

La lingüística aborda el estudio de la lengua con método funcional [...], y es, por ello, ciencia de la cultura. La estilística está, en cuanto a método se refiere, en el mismo nivel de la ciencia, si bien altera un tanto los cauces del método funcional al valorar previamente la forma de lenguaje que analizará. Mientras la lingüística se enfrenta con cualquier manifestación de la lengua, aunque se limite en cada caso a un aspecto de ella, la estilística valora inicialmente el lenguaje considerado literario. [...] La semiótica utiliza hasta un determinado momento el método funcional —mientras analiza los lenguajes naturales—, pero parte también de una previa valoración que le lleva a seleccionar o calificar de adecuados o inadecuados unos usos frente a otros, en razón del criterio de exactitud. (1973: 67)

Així es reparteix el pastís de la llengua: la lingüística, ciència funcional i general, el pren sencer en tant que sistema, i aquí subsisteix el

que d'estructuralista té l'enfocament de Bobes Naves; l'estilística s'ocupa llavors del llenguatge en tant que funció expressiva i, per tant, en la seva dimensió individual. Més endavant ens diu:

La estilística analiza el lenguaje ya configurado en una obra literaria, que tiene un indudable valor social, pero no le interesa tanto esta dimensión como los indicios que lo convierten en algo individuante, en la lengua específica de un autor. Los términos «estilo», «idiolecto» coinciden en su referencia a un sujeto único. (1973: 69)

En termes saussureans, l'estilística proposada per Bobes Naves, com succeeix en el cas de Dámaso, seria una cosa propera a una *lingüística de la parla literària*; però seria, per dir-ho així, una parla sense llengua, sense sistema més enllà de la llengua, a la qual la dimensió social «no le interesa tanto». Si refusem el valor de coartada que té l'atenuació, compremem que Bobes Naves propugna un retorn a perspectives humanistes que tracten de preservar la unitat del constructe cultural «home» com a individu substantivament a-social o al menys anterior a tota socialització.

La perspectiva intencional, més la consideració expressiva de la literatura, condueixen finalment a una reducció del paper de la crítica al d'una hermenèutica idealista que considera el sentit d'un text com a emanació de la intenció de l'autor, a la qual el crític, gràcies a la seva sensibilitat privilegiada, hi accediria si no plenament, al menys en una aproximació el límit de la qual tendeix a zero i que, per tant, proporciona valor de veritat al seu veritable treball. En aquest punt, l'empremta de Dámaso Alonso és inqüestionable. Amb aquests criteris es pot fins i tot establir, com feien les retòriques clàssiques, una jerarquia de puresa dels gèneres, el cim del qual, evidentment, l'ocupa la lírica, a la qual Bobes Naves defineix en aquests termes:

En el lenguaje literario, la lírica busca [...] los casos de expresividad: las palabras, las expresiones sugieren más que comunican y tratan de crear en el lector un estado emocional semejante al del autor. (1973:195)

D'aquesta manera, es clausura una vegada més tota possibilitat de pensar la literatura com a un esdeveniment simbòlic la realitat del qual no s'esgota ni en la seva existència institucional manifesta ni en l'escrutini de voluntats dels seus autors. I una vegada més això succeeix tot incorrent en un malentès, alterant la definició i els conceptes de les noves disciplines que es donen a l'estranger, reduint-les al camp d'allò local conegut, i desacreditant-les, en fi, pel què no són.

3. *Significado actual del formalismo ruso* (1973) d'Antonio García Berrio: un intent rupturista

Com hem vist, Bobes Naves realitza la seva intervenció en una línia de continuisme, que tracta de pal·liar les ruptures que podria ocasionar la mateixa renovació metodològica que porta a terme, posant atenció en que no s'alteri el repartiment del saber que, en matèria de llengua i de literatura, es venia sostenint tradicionalment. Bobes Naves, a més, procura evitar tota contaminació i tot transvasament de l'actualització científica cap a objectius polítics de remodelació institucional universitària. García Berrio, en canvi, manifesta de forma molt explícita la voluntat de renovació i actualització del camp acadèmic espanyol amb tota la complexitat que assumia aquest gest i més enllà d'una pura posada al dia nocional. Permetem-nos reproduir un extens paràgraf del pròleg que ell mateix anteposa al seu estudi, ja que el considerem un document de primer ordre per a entendre la situació en què es trobava aquesta nova generació de professors que s'apropava a càtedres moltes vegades sumides en la rutina:

Quizás mi condición de profesor de la disciplina que en nuestro país se explica bajo la denominación de Gramática General y Crítica Literaria⁹ sea algo positivamente revelador para el lector y le ayude a formarse una idea exacta, desde el principio, de mi propósito al escribir este libro, y de lo que éste pretende aportarle. [...] Ante todo debo aclarar que, al escribir el libro, he tenido siempre en cuenta la experiencia resultante de mi condición de profesor [...]. He procurado, pues, escribir una obra que sirva en la coyuntura actual científica y social de los universitarios españoles. Los que a diario veo en mis clases y en mi seminario, estudiantes y jóvenes graduados. A todos los jóvenes lingüistas y críticos que quieran saber, se les ofrece esta obra, que a mis colegas profesores pocas novedades y aciertos puede brindarles. Salvedad ésta, por cierto, que hoy en nuestro país, desgraciadamente, es preciso extender, en ocasiones con mucha más razón, a un buen número de esforzados profesionales de la especulación humanística, a los que el tradicional anquilosamiento casi general de nuestros centros universitarios mantiene alejados de la docencia, ya sea por expresas o tácitas interdicciones, ya -lo que de modo alarmante va siendo caso más general- porque la ubicación universitaria, integrada, no les ofrece alicientes ni garantías científicas que compensen los sacrificios del laborioso proceso administrativo de integración. Unos y otros, los de afuera y los de adentro de España, conocen de sobra las dificultades inherentes a un proceso autónomo de despliegue cultural realmente actual sin contar con la propulsión de las estructuras sociales y científicas oficiales. [...] Consecuentemente con el posible público y sus circunstancias, he juzgado oportuno enriquecer el libro en todo momento con la transcripción de numerosas citas, en ocasiones bastante extensas, así como abundantes referencias bibliográficas que permitan poner en directo textos fundamentales al alcance de lectores con mucha frecuencia aislados y en medios de difícil acceso a bibliotecas de la especialidad bien abastecidas. (1973: 7-9)

L'extensió de la cita, como preveníem, es justifica amb l'excepcionalitat

NOTES

9 | Aquestes càtedres van començar a funcionar el 1948 sota l'impuls de Rafael Balbín Lucas «La vinculación de la "Gramática general" y la "Crítica literaria" en los programas oficiales», aporta Garrido Gallardo (1978-80: 346) en la necrològica que dedica a aquest personatge clau de la universitat fascista, «dejará una huella perdurable, sean cuales fueran los avatares que sigan los planes de estudio».

del testimoni: s'hi reconeixen, amb la reserva pròpia del cas, la precarietat d'una institució universitària «anquilosada» que foragita, per obra o omissió, als seus elements més inquietos, així com en general a la falta de mitjans materials i recolzaments institucionals a l'educació superior. L'arrencament, en fi, promet alguna cosa diferent a qualsevol vana glorificació de l'element nacional en la ciència universal —el rebregat «esto nosotros ya lo sabíamos» que Lázaro Carreter (1976: 124) remunta a la polèmica amb el realisme francès amb una trista tendència de la crítica espanyola i que en aquestes poques pàgines hem vist aparèixer ja varies vegades— i, sens dubte, aquest inhabitual punt de partida té les seves arrels sociològiques. José-Carlos Mainer les descriu, fa ja alguns anys, en termes breus i evocadors:

A fines de los sesenta, se hablaba mucho de sociología literaria y de estructuralismo. Por debajo de aquellos nuevos horizontes epistemológicos, bullía una tectónica histórica que hoy empezamos a entender con más claridad: la fuerte ideologización izquierdista que acompañó todo el decenio y la presencia de una nueva promoción de profesores que se preguntaba por su función en una sociedad en acusado (y desordenado) crecimiento. (Mainer, 2003: 93)

García Berrio, com ell mateix admet, es troba immers en aquesta tectònica de la qual els PNN, professors no numeraris, no van ser, precisament, un actor menor. El seu llibre exigeix ser llegit en aquest context per a entendre el doble eix sobre el qual s'articula: actualització teòrica i compromís polític. Els dos aspectes es condicione mútuament, des del títol mateix del treball. *Significado actual del formalismo ruso* es pregunta explícitament per les possibilitats d'una crítica literària que a més de garanties científiques ofereixi una resposta moral a l'apressant situació política a Espanya i al món. La qüestió, per a García Berrio, passa per rehabilitar els encerts i mèrits del formalisme, disputant l'hegemonia de l'enfocament contingutista o estilístic com a salvaguarda única del què és humà en l'art: aquest i no un altre hauria de ser el seu «significado actual». El fons inqüestionat comú serà llavors l'humanisme, i és des d'aquesta perspectiva que es tractarà d'integrar l'estructuralisme llavors dominant a l'escena internacional com a hereu del formalisme:

Por encima del epidérmico fenómeno, pero partiendo de la incuestionable y única realidad, de dato, del ámbito fenomenológico, el llamado «estructuralismo» busca con sus corrientes más maduras y actuales establecer del modo más concreto y profundo posible la fisonomía exacta de la condición humana. (García Berrio, 1973: 226)

L'assumpte exigiria un examen molt detallat. La qüestió de l'humanisme present en els postulats estructuralistes és controvertit. Derrida, com sabem, la discuteix exemplarment a propòsit de Lévi-Strauss a *De la gramatologia*. Althusser, que tant podria haver aportat, amb prou feines rep alguna menció al llibre de García Berrio.

En qualsevol cas, històricament, l'estructuralisme se les va haver de veure més sovint amb l'acusació contrària, la d'antihumanisme. La postura de García Berrio es pot interpretar llavors com una estratagema defensiva, que li permetia discutir amb l'estilística, en tant que tendència principal d'aquella «academia anquilosada» que ell tracta a l'hora d'actualitzar i de democratitzar, disputant-li el seu principal patrimoni: l'home.

Aquesta perspectiva, no obstant, és només renovadora en el context específic d'Espanya, la circumstància política de la qual deixa més aviat poc espai per a frivolitats semblants a la de la «mort de l'autor». Berrio dedicarà fins i tot algun espai a rebatre l'elitisme d'Ortega a *La deshumanización del arte*. El diàleg crític a Espanya venia, en fi, amb cert grau de retràs. Per altra banda, i aquí ve el que ens importa, el compromís humanista actuarà com una mena de sostre de cristall, propiciant una recepció de l'estructuralisme com a mínim parcial, i promovent un debat amb l'estilística que inquietarà menys del que sembla els seus fonaments epistemològics més profunds.

De totes maneres, el debat es dona. García Berrio serà perfectament clar en aquest punt, i tot i que la seva anàlisi transpiri per moments la sabuda identitat entre els «tres inmanentismes» (estilística, formalisme i *new criticism*); proposarà una altra ordenació i, sobretot, procurarà treure a l'estilística d'aquest lloc omniabastador, alfa i omega de la crítica literària. Observi's què aventura una nota al peu:

No nos parece ni tranquilizador ni agradable el que nuestra opinión sobre los formalismos todos, incluida la estilística –como parcela metodológico-crítica importante, pero no única de la ciencia de la literatura–, contraste con el parecer de admirados maestros españoles, después difundido e imperdonablemente deformado y caricaturizado por torpes sedicentes epígonos. La identificación, sin distingos, de estilística y ciencia literaria como totalidades fue, según creemos, en el caso de algunas mentes realmente próceres, fenómeno episódico, fruto incluso de circunstancias históricas, en definitiva sometido a la extremosidad de cualquier polémica intelectual, y en suma perfectamente defendible desde esas mismas circunstancias. Nada más; en los demás casos nos parece o un mero juego con meras palabras innecesarias, o un craso error. (1973: 72, n. 20)

García Berrio manté el to polèmic al llarg de tot el llibre, amb moments d'emergència forta. El propòsit és clarament el de contraposar el formalisme rus, el seu antipsicologisme, la cautela en les seves asseveracions, la seva sistematicitat acumulativa; a l'estilística fonamentalment d'encuny idealista. Sempre, no obstant, mantenint el sòl comú de l'humanisme:

Lo que las meticulosas disecciones de los formalistas sobre las obras de arte, obras humanas en definitiva, nos proporcionan de real e incuestionable conocimiento de mecánicas del comportamiento humanas y sociales, tiene quizás más valor, en su mismo silencio, que las expresas

evocaciones, con menos peso analítico, de los reinos insondables y, por ende, poco comprometedores de las ideas directamente inefables. (1973: 81)

És cert que, en el seu apropament polèmic, García Berrio no sempre va afinar els conceptes que emprava. La seva voluntat d'oferir un panorama el més ampli possible de la teoria contemporània el va forçar de vegades a ser succint, a equiparar posicions que s'haurien de matisar abans que igualar, a arriscar amfibologies¹⁰, però no és menys cert que, més enllà d'això, és capaç de localitzar amb molta pertinença els nuclis temàtics de les polèmiques que aborda. Així, per exemple, quan tracta sobre la relació entre lingüística i crítica literària en el marc d'una possible definició —o desarticulació— de la «llengua poètica», García Berrio compara la situació viscuda a França amb l'espanyola i conclou en línia amb el que hem vingut notant:

En España, con una gloriosa historia de colaboración lingüístico-crítica fundida en los moldes de la estilística y la lingüística diacrónica, con nombres tan significativos como los de Dámaso y Amado Alonso, Menéndez Pidal y Rafael Lapesa, el espíritu de colaboración no aparece planteado de modo tan problemático [como en Francia]. Y ello se debe, quizás, a que el modelo de descripción lingüística que perdura preponderantemente sea el idealista-estilístico, que no plantea demasiados problemas de adaptación. (1973: 108)

Aquests termes, no obstant, no tindran cap altre desenvolupament en el volum de García Berrio, que funda la polèmica contra l'estilística en la seva confiança científica en un discurs que pugui superar les vaporositats de la retòrica acadèmica llavors de moda. El nucli del problema, certament, el localitza en la concepció de la llengua, les arrels de la qual, acertadament, ubica en l'idealisme i per moments sembla establir amb claredat les seves diferències amb aquesta posició:

Hemos tenido ocasión de examinar el principio de la textualidad del hecho literario en los formalistas rusos y sus secuelas inmediatas, la dinamización de los elementos poéticos, su desautomatización, y la condición radical de pluralidad de la palabra poética. Conceptos básicos, jamás formulados como tales por ninguna escuela crítica o pensador aislado, y que constituyen la base, como hemos mostrado, de las más importantes explicaciones actuales de la esencia poética. (1973: 160)

És meridiana la manera en què García Berrio proposa fermament la irreductibilitat del formalisme a l'estilística, i com senyala el nucli d'aquesta mateixa irreductibilitat en allò que abans fóra el terreny privat dels estilistes: l'essència de la poesia. Amb tot, aquesta mateixa formulació ens ha de posar en alerta. Fins i tot quan les al·lusions de García Berrio al formallisme puguin estendre's, i identificar-se, en les seves pròpies paraules, a l'estructuralisme, en tant que aquesta denominació englobaria «la general renovación metodológica»

NOTES

10 | Prenguem per exemple la seva apretada nòmina d'autors favorables a una concepció de la llengua poètica entesa com a desviació de la norma: «Los teóricos del Círculo de Praga ya aludidos [...], llegaron a informar serias formulaciones de base rigurosamente lingüística-estructural, como la de Pierre Guiraud o Knud Togeby en Europa, y las de Samuel R. Levin o Roger Fowler en América; pasando por análogas opiniones sustentadas en campos críticos menos específicamente lingüístico-estructurales, como Walter Benjamin o Max Bense» (García Berrio, 1973: 119-120).

arrencada amb els primers, el cert és que en cap moment es proposa abjurar completament d'un paradigma humanista fort, en què l'«home» segueix sent centre inqüestionat i donador de sentit.

Aquesta perspectiva implica, en el nivell de la teoria lingüística, mantenir-se dins dels límits de la dicotomia clàssica comunicació/expressió, si bé pugna ara per expressar una naturalesa humana general. D'aquí que García Berrio dediqui tant d'espai en el seu treball a la problemàtica de la llengua poètica per a concloure que la clau, i per tant l'aportació principal del formalisme que ha de ser rescatat, es troba en «la dinamización rítmica y las distorsiones de la sintaxis lógico-comunicativa merced a las exigencias rítmicas» (1973: 198). Això no és sinó un variació, amb nou argot, de l'oposició entre llengua (comunicació) i poesia (expressió) segons la podia formular un estilista de tremp indiscutible com Carlos Bousoño:

Mezclamos *lengua* y *poesía* en nuestra cotidiana conversación; no debemos realizar esa mezcla en el poema. Precisamente la causa de que un poema no esté conseguido del todo se debe a la presencia de elementos de lengua dentro de él. El poema debe ser por entero una sustitución: un sustituyente. (Bousoño, 1952: 55)

L'assumpte té el seu què, perquè la cita anterior l'extraïem del polèmic volum en què Bousoño adopta programàticament l'eslògan d'Aleixandre «poesía es comunicaci3n». Per suposat, hi ha raons d'índole històrica¹¹ per a entendre com un crític sortit del ronyó de Dámaso Alonso pugui arribar a una formulació semblant, en principi, diametralment oposada al més previsible «poesía es expresi3n» i que, en definitiva, sembla ser allò que defensa el paràgraf citat. L'explicació teòrica, no obstant, aporta una mena de llum més general a la qüestió i ens ha permès de veure com reverberen totes aquestes posicions en el treball de García Berrio. La clau està en entendre que el concepte mateix d'expressió pressuposa l'existència d'un missatge concret que l'antecedeix, una garantia de sentit, que l'expressió simplement recobreix amb trets individualitzants. Com a màxim, tal com hem vist en el cas de Dámaso Alonso, aquesta garantia es torna tendencial, «misteriosa», però no per això menys present i sancionadora.

A la vorera d'enfront, convé recordar la rèplica de Gil de Biedma:

Lo comunicado es, ante todo, el signo afectivo que la realidad del poema confiere a las experiencias que lo integran, y que desprendidas de él carecerían de sentido [...]. Si es el poema en curso quien orienta y conforma la emoci3n, si ésta no es origen sino consecuencia que existe sólo en funci3n de él, y que no puede existir sin él, ¿no será el poema quien despierta esa emoci3n y pone al poeta, consciente o inconscientemente, en comunicaci3n con ella? (citado en Ramos, 2008: 15)

NOTES

11 | Així ho va aclarar, per exemple, José Ángel Valente, tot i que sense referir-se a la fortuna crítica de la fórmula: «En los años cincuenta el medio literario era muy primitivo. Se estaba asistiendo a la irrupci3n de la poesía social, y algunos poetas mayores, los de la Generaci3n del 27, advirtieron la influencia del estado de la poesía en esos tiempos y se asustaron. Creían que iban a perder pie en lo que estaba sucediendo y entonces se hicieron más papistas que el Papa y quisieron reabsorber la postura de la gente joven (que estaba recibiendo influencias muy politizadas, sobre todo ideológicas). Como consecuencia, nace de ellos, y en particular de Vicente Aleixandre, la fórmula primaria de “Poesía es comunicaci3n”» (citado en Ramos, 2008: 11).

No té sentit fer de Gil de Biedma un estructuralista *sui generis*, perquè la seva font teòrica explícita és Eliot, però si atendre al gir que suposen els seus arguments respecte a la posició estilista: el sentit, ve a dir-nos, emana del signe, i no de cap altre lloc i, com el signe és una entitat diferencial purament negativa, no està garantit més que com esdeveniment, com la presència plena i fugissera alhora d'allò que es dóna, d'allò que insisteix en donar-se en la seva realitat recursiva de signe. No hi ha pròpiament un afora del llenguatge que el justifiqui, i per tant no hi ha tampoc un «home» afora del llenguatge. El pressupòsits lingüístics, una vegada més, troben el seu eco en la qüestió candent de l'humanisme. Escriu Gil de Biedma:

El fallo de toda doctrina de la poesía como transmisión reside en olvidar que el poeta trabaja la mayor parte de las veces sobre emociones posibles y que las suyas propias sólo entran en el poema (tras un proceso de *despersonalización* más o menos acabado) como emociones contempladas, no como emociones sentidas. (14-15, *el destacado es nuestro*)

D'altra banda, no hem de menystenir la identificació —o la reducció assimiladora, si es vol— entre estructuralisme i estilística vigent en aquell moment per a entendre que aquells que proclamen amb més lucidesa la seva oposició a la segona, desdenyin o no atenguin als possibles arguments que s'haguessin pogut extreure del primer. En qualsevol cas, sembla clar que postular un sentit garantitzador, anterior al llenguatge mateix i garantia humanista¹², és el que permet a l'estilística gronxar-se tan còmodament com ho fa Buosoño entre els dos extrems, comunicació i expressió, del que només en aparença seria la seva oposició fundacional.

De la mateixa manera, mantenint-se en el territori de l'humanisme, García Berrio cedeix abans a aquestes dicotomies aparents que a la potència epistemològica d'aquest tercer ordre del simbòlic que s'institueix amb l'estructuralisme. Malgrat acollir massivament la nòmina de nous crítics que hauran de rosegat el seu os teòric fins a reduir-lo a estelles (Lévis-Strauss, Barthes, Foucault, Kristeva, Genette, Greimas són mencionats en diverses ocasions), el crític albaceteny preferirà concloure la seva obra presentant-se com un moderador dels tan temuts «excessos teòrics», en nom, una vegada més, d'aquest home que és abans que res el de l'estilística, permanentment amenaçat per contaminacions degeneradores, i que l'estructuralisme, en fi, no acaba de dissoldre en les reactives terres d'Espanya:

Resulta obligación ineludible de los historiadores de las ideas literarias aceptar y prevenir los riesgos que los movimientos de que se ocupan pueden proyectar sobre la realidad artística contemporánea. En nuestro caso, el formalismo, que no puede ser olvidado lícitamente en modo alguno como cantera de enseñanzas histórico-técnicas aún no

NOTES

12 | Hem d'entendre-ho bé, perquè aquest és un altre malentès freqüent: no és el llenguatge el que defineix a l'«home» de l'humanisme, sinó la seva raó prèvia, fet que permet titllar d'inhumà a aquell que parla sense raó, tot i que comparteixi un mateix idioma. El genocidi perpetrat durant la Guerra Civil no és una altra cosa que un dolorosíssim exemple d'aquesta fatal deriva humanista.

agotada, constituye por contraposición, en especial con su repentino descubrimiento tardío en Occidente, uno de los indiscutibles sustentos intelectuales, precursores del estricto estructuralismo, en que podría asentarse una modalidad de degeneración artística que comienza a insinuarse insistentemente en los últimos años. (García Berrio, 1973: 423)

García Berrio, en fi, sosté posicions científicament i políticament dispars a les que mantenia Bobes Naves, discuteix la prioritat, el paper mateix de l'estilística en l'orbe de la crítica literària; no obstant, la sorda hegemonia d'aquesta tendència, les comoditats del seu sentit comú, i la impossibilitat de trencar el territori mateix de la polèmica dins de l'àmbit acadèmic —tret exagerat a Espanya, però de ninguna manera privatiu del país, recordi's si no la tardana i problemàtica inserció institucional d'una bona majoria dels crítics estructuralistes francesos— van detenir l'intent de ruptura del crític albaceteny a mig camí i, sobretot, el van insensibilitzar als termes amb què el debat es donava en altres llocs —la ja mencionada desatenció a Althusser al seu llibre, per exemple, o l'escàs eco que en ell hi troben els arguments antihumanistes de Barthes, Kristeva, Derrida.

Bobes Naves i García Berrio són dos casos testimoni, si es vol, dos pols d'un camp, com dèiem, que ben rasclat fa aflorar molts d'altres. A principis dels setanta, quan ja era tard a altres llocs, les discussions veritablement profundes que se suscitaren sota el fecund paraigües de l'estructuralisme —trencament del paradigma expressiu del llenguatge, de la concepció intencional del subjecte, de la divisió dicotòmica de les ciències i les lletres, etc.— no van poder donar-se a Espanya, en el terreny de la crítica literària, de la mateixa manera. Ho va impedir, en primer lloc, un règim totalitari d'encuny humanista catòlic que, per evidents raons ideològiques, no podia tenir cap interès en això; i, en segon lloc, una tendència crítica que va saber prosperar molt bé sota aquest mateix règim, que es va convertir en hegemònica i sobre la qual, en última instància, hauríem de preguntar-nos fins a quin punt no va acabar donant-li lletra. Les versions interessades de les quals parlàvem al principi, les que subratllen anterioritats i moderacions, acaben ocultant de pas, ho vulgui o no, la gravetat d'aquest últim punt.

Bibliografía

- ALONSO, D. (1950): *Poesía española: ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid: Gredos.
- ALONSO, D. (1962): *Cuatro poetas españoles: Garcilaso, Góngora, Maragall, Antonio Machado*, Madrid: Gredos.
- BOBES NAVES, M. (1973): *La semiótica como teoría literaria*, Madrid: Gredos.
- BOBES NAVES, M. (dir.) (1974): *Crítica semiológica*, Santiago de Compostela: Secretaría de Publicaciones de la Universidad de Santiago.
- BOUSOÑO, C. (1952): *Teoría de la expresión poética*, Madrid: Gredos.
- CROCE, B. (1985): *Breviario de Estética*, Madrid: Espasa-Calpe.
- GARCÍA BERRIO, A. (1973): *Significado actual del formalismo ruso*, Barcelona: Planeta.
- GARRIDO GALLARDO, M.A. (1978-80): «Necrología. Rafael de Balbín», *Revista de Filología Española*, vol. LX, 345-355.
- LÁZARO CARRETER, F. (1976): *Estudios de poética (la obra en sí)*, Barcelona: Crítica.
- MARAGALL, J. (1955): *Obres completes*, Barcelona: Sala Parés Librería, vol. XIX.
- MAINER, J.-C. (2003): *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, Barcelona: Crítica.
- PARDO, J. L. (2001): *Estructuralismo y ciencias humanas*, Madrid: Akal.
- PINEDO BUITRAGO S. (2012): «Tradición, aportes y desafíos de la Teoría Literaria en lengua española», *Arbor*, 758, 1197-1205.
- RAMOS, J. (2008): «Madrid Barcelona, ida y vuelta: revisión de una polémica poética de los años cincuenta» en Saz, S. M. (ed.), *Acortando distancias: la diseminación del español en el mundo. Actas del XLIII Congreso Internacional de la Asociación Europea de Profesores de Español*, Madrid: Uned, 10-18.
- RICO, F. (2003): *Los discursos del gusto*, Barcelona: Destino.
- TUSET MAYORAL, V. (2010): «La primera recepción del estructuralismo literario: España, Argentina, México: Apuntes para una investigación», IX Congreso Argentino de Hispanistas, <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1181/ev.1181.pdf>, [11/11/2014].
- TUSET MAYORAL, V. (2013): «El lenguaje y la estilística hispánica. Notas para un estudio de su influjo en la Argentina de los años 50», III Congreso Internacional «Cuestiones Críticas», <http://www.celarg.org/int/arch_publici/tuset_mayoral_vicentecc.pdf>, [11/11/2014].